



**EN HONOR DE SAN JOSÉ,
ESPOSO
DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA
COMPATRONO
DE LA ORDEN DE LOS SIERVOS DE MARÍA**

*Y despertándose del sueño, José
hizo según el consejo del ángel:
así la historia ha cambiado su curso
cuando dos jóvenes han obedecido.
(David M. Turolto)*

I

JOSÉ, HOMBRE JUSTO, ESPOSO DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA

*El fruto del justo es un árbol de vida
Prov 11, 30a*

*En las puertas del Nuevo Testamento, como ya al inicio del Antiguo, hay una pareja.
Pero, mientras aquella de Adán y Eva había sido la fuente del mal que ha inundado el mundo,
la de José y María constituye el vértice, del cual la santidad se extiende en toda la tierra.*

Paolo VI¹

¹ Paolo VI, Allocutio ad Motum «Équipes Notre-Dame», 7, 4 maggio 1970.

1. En este formulario de oración alabamos a Dios por su designio mesiánico de salvación, actuado con la colaboración de san José, esposo de la bienaventurada Virgen María. Estaos invitados también a responder con solicitud, como José y María, al proyecto de amor de Dios.

2. Para que la celebración logre una fructuosa participación es necesario preparar, sirviéndose de medios adecuados, el ánimo de los fieles y el ambiente donde tendrá lugar la celebración. Por lo tanto se preparen:

- las imágenes de san José y de santa María para ser colocadas en posición importante, distintas también de la representación de su matrimonio o de la Santa Familia;
- una lámpara en la imagen de san José;
- flores para el homenaje mariano.

I. RITOS INICIALES

SALUDO ANGÉLICO

3. La celebración, según la tradición de los Siervos, inicia con el canto del saludo del ángel:

A. Dios te Salve María, llena eres de gracia,
el Señor es contigo.
Bendita tu entre las mujeres
y bendito es el fruto de tu vientre Jesús.

INVITACIÓN A LA ALABANZA

4. Todos hacen el signo de la cruz mientras aquel que preside dice:

P. En el nombre del Padre
y del Hijo
y del Espíritu Santo
A. Amén.

Aquel que preside bendice a Dios y saluda la asamblea con estas palabra o con las otras semejantes:

P. Bendito seas, altísimo Dios.
Tú has hecho nacer de Abraham y Sara
un pueblo que alaba tu nombre de un extremo de la tierra al otro.
A. Bendito sea el Señor por los siglos.

P. Bendito seas, Jesús, Hijo de Dios.
Haciéndote carne en el seno de la Virgen Madre
tú has puesto tu morada en medio de nosotros.
A. Bendito sea el Señor por los siglos.

P. Bendito seas, Espíritu Santo.
Desde La creación del mundo
tú das la vida y sabiduría a quien busca a Dios.
A. Bendito sea el Señor por los siglos.

P. A ustedes hermanos y hermanas,
alegría y paz en el Señor.
A. Amén.

MONICIÓN

5. Un lector o, si considera más oportuno aquel que preside, anuncia el tema de la celebración con estas palabras u otras semejantes:

L. Nos hemos reunido para hacer la memoria de san José, hombre justo, el piadoso israelita que Dios quiso como esposo de María de Nazaret, cuando, en la plenitud de los tiempos, el Verbo tomó nuestra carne: para que, como cada hijo de Israel, tuviera como padre un miembro del pueblo elegido; para que, como Mesías, fuese descendiente de la estirpe de David; para que fuese acogido por el amor de los padres unidos con el vínculo del matrimonio.

HIMNO

6. Aquel que preside enciende una lámpara frente a la imagen de san José. Mientras tanto se canta el himno siguiente u otro canto adaptó:

¿José, hijo de David, que piensas?
¿y tu porqué, oh casadera, no hablas?
La prometida esposa esperaba,
ya velejaba la vida en el arca.

!Ella tenía el candor de un lirio!
Verdad que ni uno ni el otro sabían
que florecía del cepo antiguo,
solo el silencio infinito unía.

Y no más sombra de una sospecha
tu corazón, José atravesaba:
mira el bien solo el ojo del justo,
resueltamente, de mucho y tanto ...

Cuando aparece en sueño Alguno:
¿por qué no antes? ¿por qué en un sueño?
¡Imprevisible siempre solo, cuando
tú mismo crees haber ya resuelto!

Todo sucede para que se cumpla
Lo que el profeta había predicho:
o por caminos que nadie pensaba
sigue viniendo el «Dios-con-nosotros». Amén.

ORACIÓN

7. Aquel que preside invita:

P. Oremos.

Y todos se recogen en silenciosa oración. Después:

Dios eterno y santo,
tú has creado al hombre a tu imagen,
hombre y mujer,
que uniéndose fueran imagen de tu amor,
y has elegido José, hombre justo,
como esposo de la madre de tu Hijo Jesús, nuestro Salvador.
Haz que, siguiendo el ejemplo de José y María,
respondamos todos a tu proyecto de amor,
vivamos en la concordia,
y busquemos el bien recíproco.
Por Jesucristo nuestro Señor.

A. Amén.

II. ESCUCHA DE LA PALABRA

8. Todos se sientan. Según las circunstancias, podrán ser proclamados dos textos bíblicos intercalados por el canto sálmico y sapiencial (n.10) que favorecen la meditación sobre la figura de san José, hombre justo. Si no se proclama la primera lectura (n. 9), la escucha de la palabra inicia con el cántico del salmo-sapiencial (n. 11).

PRIMERA LECTURA

9. Un lector proclama el pasaje bíblico siguiente en el cual se recuerda la importancia de la fe; por ella José, «hijo de Abraham», hombre justo, superó la duda y tomó como esposa la Virgen María para que la numerosa descendencia prometida a Abraham fuese ya unida no por vínculos de sangre, sino de fe.

De la Carta a los Hebreos (11, 1-3. 8. 11-12. 17-19)

*Por la fe Abraham obedeció
y de un solo hombre nació una descendencia numerosa*

La fe es la forma de poseer, ya desde ahora, lo que se espera y de conocer las realidades que no se ven. Por ella fueron alabados nuestros mayores. Por la fe, sabemos que el universo fue hecho por la palabra de Dios de suerte que aquello que vemos, surgió de lo que no vemos.

Por su fe, Abraham, obediente a la llamada de Dios y sin saber a dónde iba, partió hacia la tierra que habría de recibir como herencia.

Por su fe, Sara, aun siendo estéril y a pesar de su avanzada edad, pudo concebir un hijo porque creyó que Dios habría de ser fiel a la promesa; y así, de un solo hombre, ya anciano, nació una descendencia, numerosa como las estrellas del cielo e incontable como las arenas del mar.

Por su fe, Abraham, cuando Dios le puso una prueba, se dispuso a sacrificar a Isaac, su hijo único, garantía de la promesa, porque Dios le había dicho; *De Isaac nacerá la descendencia que ha de llevar tu nombre.* Abraham pensaba, en efecto, que Dios tiene poder hasta para resucitar a los muertos; por eso le fue devuelto Isaac, que se convirtió así en un símbolo profético.

Palabra de Dios

A. Te alabamos, Señor.

CÁNTICO SÁLMICO Y SAPIENCIAL

10. Un cantor (salmista) o lector propone la antifona que es repetida por la asamblea. Los versículos que siguen pueden ser cantados o leídos por el cantor o lector o por la asamblea en coros alternos. La antifona se dice cada cuatro versículos.

(Sal 73 [72], 1; 1, 6; 2, 12c; 7, 12a. 11b; 73 [72], 1; 139, 14; Sir 26, 13-16; Cant 4, 1. 7; Os 2, 21-22).

*A. Dios es muy bueno con los justos,
con los hombres de corazón puro.*

El Señor vigila el camino de los justos.
Dichoso quien en él se refugia.

Dios es juez justo:
Él salva a los rectos de corazón.

Dios es muy bueno con los justos,
con los hombres de corazón puro.

Los justos alabarán su nombre,
los rectos vivirán en su presencia.

*A. Dios es muy bueno con los justos,
con los hombres de corazón puro.*

La gracia de una mujer alegra al esposo,
su ciencia le refuerza sus huesos.

Es un don del Señor una mujer silenciosa,
no hay recompensa para una mujer educada.

Gracia sobre gracia es una mujer púdica,
no se puede evaluar el peso de una alma modesta.

El solo resplandece en las montañas del Señor,
la belleza de una mujer virtuosa adorna su casa.

*A. Dios es muy bueno con los justos,
con los hombres de corazón puro.*

¡Cómo eres bella, amiga mía,
como eres bella!

Toda bella tu eres, amiga mía,
en ti ninguna mancha.

Te haré mi esposa para siempre,
te haré mi esposa en la benevolencia y en el amor.

Te hare novia en la fidelidad,
y tu conocerás al Señor.

*A. Dios es muy bueno con los justos,
con los hombres de corazón puro.*

CANTO AL EVANGELIO

Prov 23, 24. 25

11. Todos se levantan. Fuera del tiempo de Cuaresma, se sustituye la aclamación con el Aleluya.

A. Honor y gloria a ti, Señor Jesús.

El padre del justo se alegrará plenamente;
se alegre tu padre y tu madre
y se alegre aquella que te ha engendrado.

A. Honor y gloria a ti, Señor Jesús.

EVANGELIO

12. Aquel que preside proclama el Evangelio.

L. Del Evangelio según san Mateo (1, 18-25)

*José, que era justo, hizo como le había ordenado el ángel del Señor
y tomo consigo su esposa.*

Cristo vino al mundo de la siguiente manera: Estando María su madre, desposada con José, y antes de que vivieran juntos, sucedió que ella, por obra del Espíritu Santo, estaba esperando un hijo. José, su esposo, que era hombre justo, no queriendo ponerla en evidencia, pensó dejarla en secreto.

Mientras pensaba en estas cosas, un ángel del Señor le dijo en sueños: «José, hijo de David, no dudes en recibir en tu casa a María, tu esposa, porque ella ha concebido por obra del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo y tú le pondrás el nombre de Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados». Todo esto sucedió para que se cumpliera lo que había dicho el Señor por boca del profeta Isaías: *He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, a quien pondrán el nombre de Emmanuel, que quiere decir Dios-con nosotros.*

Cuando José despertó de aquel sueño, hizo lo que le había mandado el ángel del Señor y recibió a su esposa.

Aclamemos con el canto la palabra de Dios.

**A. Gloria y honor a ti, oh Cristo
palabra viviente del Padre.**

O bien, fuera del Tiempo de Cuaresma, se repite el *Aleluya*

MEDITACIÓN DE LA PALABRA

13. Después de la proclamación del evangelio todos se sientan. Sigue la meditación de la Palabra escuchada, que puede tener varias formas: silencio meditativo, diálogo fraterno que ponga en evidencia el tema de la celebración, lectura del texto propuesto o de un texto tomado de los escritos de los Santos Padres o de otros Autores de válida doctrina (Ver Apéndice).

L. De la Exhortación apostólica «*Redemptoris custos*» de Juan Pablo II sobre la figura y misión de san José.

(Nn. 17a.18c e 20a: AAS 82 (1990) 22-25)

María es celebrada unida a José, hombre justo

Durante su vida, que fue una peregrinación en la fe, José, al igual que María, permaneció fiel a la llamada de Dios hasta el final. La vida de ella fue el cumplimiento hasta sus últimas consecuencias de aquel primer «*fiat*» pronunciado en el momento de la anunciación mientras que José —como ya se ha dicho— en el momento de su «anunciación» no pronunció palabra alguna. Simplemente él «*hizo como el ángel del Señor le había mandado*» (Mt 1, 24). *Y este primer «hizo» es el comienzo del «camino de José».* A lo largo de este camino, los Evangelios no citan ninguna palabra dicha por él. Pero el *silencio de José* posee una especial elocuencia: gracias a este silencio

se puede leer plenamente la verdad contenida en el juicio que de él da el Evangelio: el «justo» (Mt 1, 19). [...]

Dios, dirigiéndose a José con las palabras del ángel, se dirige a él al ser el esposo de la Virgen de Nazaret. Lo que se ha cumplido en ella por obra del Espíritu Santo expresa al mismo tiempo una especial confirmación del vínculo sponsal, existente ya antes entre José y María. El mensajero dice claramente a José: «No temas tomar contigo a María tu mujer». Por tanto, lo que había tenido lugar antes —esto es, sus desposorios con María— había sucedido por voluntad de Dios y, consiguientemente, había que conservarlo. En su maternidad divina María ha de continuar viviendo como «una virgen, esposa de un esposo» (cf. Lc 1, 27). [...]

En la liturgia se celebra a María como «unida a José, el hombre justo, por un estrechísimo y virginal vínculo de amor». Se trata, en efecto, de dos amores que representan conjuntamente el misterio de la Iglesia, virgen y esposa, la cual encuentra en el matrimonio de María y José su propio símbolo. «La virginidad y el celibato por el Reino de Dios no sólo no contradicen la dignidad del matrimonio, sino que la presuponen y la confirman. El matrimonio y la virginidad son dos modos de expresar y vivir el único misterio de la Alianza de Dios con su pueblo», que es comunión de amor entre Dios y los hombres.

III. SÚPLICA A SAN JOSÉ

SÚPLICA LETÁNICA

14. Todos se dirigen hacia la imagen de san José. Aquel que preside introduce la súplica letánica con estas palabras u otras semejantes:

P. Hermanos y hermanas,
imploremos la misericordia de Dios
para que, por intercesión de san José,
hombre justo, esposo de la beata Virgen María,
respondamos con generosidad a su designio de amor.

15. Después se cantan las Letanía a san José.

Señor, ten piedad.
Cristo, ten piedad.
Señor, ten piedad.
Cristo, óyenos.
Cristo escúchanos.

Señor, ten piedad.
Cristo, ten piedad.
Señor, ten piedad.
Cristo, óyenos
Cristo escúchanos.

Padre, que estás en los cielos
Hijo redentor del mundo,
Espíritu Santo Paráclito,
Trinidad santa, único Dios.

ten piedad de nosotros

Santa María,
San José,

ruega por nosotros
ruega por nosotros

Hijo de Adán,
Hijo de Abraham,
Hijo de David,

ruega por nosotros

Hombre pobre,

Hombre justo Hombre confidente,	ruega por nosotros
Hombre de sueños reveladores, Hombre del prudente silencio, Hombre de inquebrantable fe,	ruega por nosotros
Siervo humilde, Siervo obediente, Siervo diligente	ruega por nosotros
Esposo reservado, Esposo vigilante, Esposo fiel,	ruega por nosotros
Padre amoroso, Padre atento, Padre valiente,	ruega por nosotros
Guardián, del Redentor, Guardián, de la Madre del Redentor, Guardián, de la Santa Familia,	ruega por nosotros
Testigo del nacimiento de Jesús, Testigo de la profecía de Simeón, Testigo asombrado de Jesús entre los doctores,	ruega por nosotros
Compañero de los desterrados, Sostén de las familias, Ejemplo de los trabajadores,	ruega por nosotros
Alivio de los afligidos, Esperanza de los enfermos, Consuelo de los moribundos,	ruega por nosotros
Socorredor de los dudosos, Patrón de la Iglesia, Compatrono de nuestra Orden, (O bien: Intercesor de los fieles)	ruega por nosotros
Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo,	perdónanos, Señor. escúchanos, Señor. ten piedad de nosotros.

16. Aquel que preside concluye la súplica letánica con la oración siguiente:

P. Oh Padre bueno y misericordioso,
con admirable providencia,
has elegido a José, como esposo de la Virgen María,
para que cuidara a tu Hijo unigénito;
haz que, animados por su ejemplo y atentos a sus llamadas,
colaboremos asiduamente a tu designio de salvación.
Por Jesucristo nuestro Señor.

A. Amén.

La *Letanía a san José* seguida por su oración (13-14) pueden ser sustituidas por una oración a San José (ver: Apéndice II, Oraciones, n. 11).

IV. MEMORIA DE SANTA MARÍA

MONICIÓN

17. Aquel que preside introduce la memoria de la Virgen María con estas palabras u otras semejantes;

P. En este encuentro de oración
en el cual hemos meditado en la figura de san José, hombre justo,
y su ternura hacia la Virgen María, su esposa,
es hermoso que también realicemos
un gesto de veneración y de afecto
hacia la santa Madre del Señor.

OFRECIMIENTO DE FLORES A SANTA MARÍA

18. Aquel que preside o uno de los presentes lleva un ramo de flores a la imagen de la bienaventurada Virgen María (o de las bodas o de la santa Familia). Mientras tanto se canta una de las antifonas siguientes:

Ave, Virgen Esposa
Ave, Virgen Esposa.

O bien:

V. Toda hermosa eres, María.

R. Toda hermosa eres, María.

V. Y no hay en ti mancha original

R. Y no hay en ti mancha original.

V. Tu, gloria de Jerusalén.

R. Tu, alegría de Israel.

V. Tu, honra de nuestro pueblo.

R. Tu, abogada de pecadores.

V. Oh María.

R. Oh María.

V. Virgen prudentísima.

R. Madre clementísima.

V. Ruega por nosotros.

R. Intercede por nosotros a Nuestro Señor Jesucristo

19. Aquel que preside dirige a la virgen esta oración:

P. Toda hermosa eres, santa María,
tierra virgen,
desde siempre preparada por Dios,

fecundada por el rocío del Espíritu:
de ti ha germinado la flor,
Cristo Jesús, Salvador del mundo.
Tú que, junto con José, tu esposo,
has vigilado en su crecimiento
en sabiduría, edad y gracia
frente a Dios y los hombres,
vigila en la semilla del Evangelio
depositado en el corazón de los fieles,
para que, en los días de prueba,
no sea sofocada por la duda o por el desaliento,
sino por intercesión tuya y de san José,
madure y de frutos abundantes
de esperanza y caridad,
Virgen del Sí,
Sierva obediente,
acoge la oración de tus Siervos.
A. Amén.

V. DESPEDIDA

20. Un lector o, si se considera oportuno aquel que preside, dirige a la asamblea la siguiente monición u otra semejante.

L. La celebración
se prolongue en nuestra vida.
Nosotros, que hemos venerado a san José,
como hombre justo y vigilante esposo de santa María,
confiándole en la oración todas las parejas
el cual amor Dios ha bendecido
y ofrezcámosle nuestro apoyo.

21. Si preside un presbítero o un diácono dice:

P. El Señor esté con ustedes
A. Y con tu espíritu.

22. Aquel que preside dice:

P. El Dios fiel y grande en el amor
nos ayude a crecer en la concordia
y nos sostenga en nuestro camino
hasta que logremos la perfecta estatura de Cristo,.
A. Amén.

23. Si preside un presbítero o un diácono, añade:

P. Y la bendición de Dios omnipotente,
Padre e Hijo+ y Espíritu Santo,
descienda en ustedes y en ustedes permanezca siempre

A. Amén.

24. Después aquel que preside despide a la asamblea diciendo:

P. Sean como José
diligentes colaboradores del plan de Dios.
Vayan en Paz
A. Demos gracias a Dios.

II

JOSÉ, CUSTODIO DEL REDENTOR

Yo estoy contigo para protegerte
Jer 1, 8

*«La misión de san José es nuestra:
custodiar Cristo y hacerlo crecer en nosotros y en torno a nosotros»*
Paolo VI²

² Paolo VI, *Angelus*, 19 marzo 1970.

1. En este formulario de oración alabamos a Dios por su solicitud hacia nuestro, hecha visible por medio de su Hijo, y por haber hecho de san José, el guardián de Jesús y su madre. Estamos también invitados a llegar a ser, con la gracia de Dios y a ejemplo de san José, custodios los unos de los otros.

2. Para que la celebración logre una fructuosa participación es necesario preparar, sirviéndose de medios adecuados, el ánimo de los fieles y el ambiente donde tendrá lugar la celebración. Por lo tanto se preparen:

- la imagen de san José sea colocada en un lugar importante;
- una lámpara que será encendida en el momento oportuno y velas para ser distribuidas para los presentes.

I. RITOS INICIALES

SALUDO ANGÉLICO

3. La celebración, según la tradición de los Siervos, inicia con el canto del saludo del ángel:

A. Dios te Salve María, llena eres de gracia,
el Señor es contigo.
Bendita tú entre las mujeres
y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús.

INVITACIÓN A LA ALABANZA

4. Todos hacen el signo de la cruz mientras aquel que preside dice:

P. En el nombre del Padre
y del Hijo
y del Espíritu Santo
A. Amén.

Aquel que preside bendice a Dios y saluda la asamblea con estas palabras u otras semejantes:

P. Bendito seas, Padre santo, Señor del cielo y de la tierra,
que por amor has creado todo ser viviente.

A. Bendito seas Señor por los siglos.

P. Bendito seas, Jesucristo, Hijo del hombre,
que has venido no para ser servido sino para servir.

A. Bendito seas Señor por los siglos.

P. Bendito, seas, Espíritu Santo, Paráclito,
que transformas el corazón de piedra en corazón de carne.

A. Bendito seas Señor por los siglos.

P. A ustedes hermanos y hermanas,
alegría y paz en el Señor.

A. Amén.

MONICIÓN

5. Un lector o, si se considera más oportuno aquel que preside, anuncia el tema de la celebración con estas palabras u otras semejantes:

L. En esta celebración,
hacemos memoria de san José,
meditando sobre el cuidado que tuvo de los suyos,
el hijo Jesús
y María su Madre,
y pedimos al Señor
acrecentar en nosotros aquella caridad
que indujo a llevar los unos el peso de los otros.

HIMNO

6. Aquel que preside lleva un cirio encendido frente a la imagen de san José. Mientras tanto se canta el himno siguiente u otro canto adaptado.

Aun en sueño y sin conocer,
siempre así, desde el tiempo de Abraham:
todo en escucha y todo en camino,
no dudas y permanentes ciudades.

Debe cumplirse cuanto está escrito:
«Álzate toma la madre y al niño
huye a Egipto y quédate»: ¿cuánto?
Pues las razones ninguno lo sabe.

¡Y de Egipto incluso lo llamas!
¿Para nosotros será una fe afín?
Camino es este de los deportados
y un salvador que tiene que huir..

la norma en casa ya estaba afuera,
sangre e instintitos y naturaleza;
primer hermano de los desterrados:
y la aventura que aun continúa. Amén.

O bien:

1. Oh Santo custodio del Verbo encarnado,
castísimo esposo de la Inmaculada,
del pueblo sagrado de Dios, patrón eres:
¡nos te invocamos!.

2. A la plenitud cuando el tiempo ha llegado
la esposa que amabas fue electa del Santo
y seno se hizo a Dios el Excelso:
¡Madre del Verbo!

3. Y cuando el silencio envolvía las cosas,
la Virgen al mundo la Luz ha donado
y tu acogiste aquel Hijo humilde
¡nacido por nos!

4. Nutrido por ti y por la Virgen Madre
crecía en edad en saber en la gracia,
Jesús hasta la hora de darse por nos:
¡Pan de la vida!

5. Al Padre de misericordia, eres fuente
al Hijo que vino a salvar a los hombres,
al Don de amor difundido en nosotros:
¡gloria por siempre! ¡Amén!

ORACIÓN

7. Aquel que preside invita:

P. Oremos.

Y todos se recogen en silenciosa oración. Después dice:

Padre misericordioso,
has tanto amado al mundo
que has enviado a nosotros
tu Hijo, nuestro Salvador,
y, junto a él a su madre,
has puesto a san José
como vigilante custodio de la Santa Familia,
primera Iglesia doméstica;
por su intercesión,
infunde en nosotros el Espíritu de amor
para que seamos custodios solícitos los unos de los otros.
Por Jesucristo nuestro Señor.

A. Amén.

II. ESCUCHA DE LA PALABRA

8. Todos se sienta, Según las circunstancias, pueden ser leídas dos lecturas bíblicas intercaladas por el canto sálmico (n. 11). Si no se proclama la primera lectura (n. 9), tomada del Antiguo Testamento, la escucha de la palabra tiene inicio con el canto sálmico (n. 11).

PRIMERA LECTURA

9. Un lector proclama el pasaje bíblico siguiente en el cual la figura del antiguo José, «el soñador» asechado y vendido por los hermanos celosos, llevado a Egipto y llegado a ser custodio de su familia, prefigura José de Nazaret, custodio de la Santa Familia, el cual advertido en sueños por el ángel, se libera de los sanguinarios celos de Herodes, huyendo de Egipto.

L. Del libro del Génesis (37, 3-5. 12-13. 14. 18-20a. 21-24. 28. 36; 41, 39-40. 54b. 55ac; 42, 3; 45, 4-5. 7)

*Yo soy José
Dios me ha enviado a Egipto primero de ustedes para conservarles vivos.*

Jacob amaba a José más que a todos sus demás hijos, porque lo había engendrado en la ancianidad. A él le había hecho una túnica de amplias mangas. Sus hermanos, viendo que lo amaba

más que a todos ellos, llegaron a odiarlo, al grado de negarle la palabra. Ahora bien, José tuvo un sueño y les contó a sus hermanos que lo odiaron todavía más.

Un día en que los hermanos de José llevaron a Siquem los rebaños de su padre, Jacob le dijo a José: «Tus hermanos apacientan mis rebaños en Siquem. Te voy a enviar allá». José fue entonces en busca de sus hermanos y los encontró en Dotán. Ellos lo vieron de lejos y antes de que se les acercara, conspiraron contra él para matarlo y se decían unos a otros. «Ahí viene se soñador. Démosle muerte; lo arrojaremos en un pozo y diremos que una fiera lo devoró. Vamos a ver de qué le sirven sus sueños». Rubén oyó esto y trató de liberarlo de manos de sus hermanos, diciendo: «No le quiten la vida, ni derramen su sangre. Mejor arrójenlo en el ese pozo que está en el desierto y no se manchen las manos». Eso lo decía para salvar a José y devolverlo a su padre. Cuando llegó José a donde estaban sus hermanos, esto lo despojaron de su túnica y lo arrojaron a un poso sin agua. Luego se sentaron a comer, y se levantando los ojos, vieron a lo lejos una caravana de ismaelitas, que venían de Galaad, con los camellos cargados de especias, resinas, bálsamo y láudano y se dirigían a Egipto.

Y sus hermanos lo sacaron del pozo y se lo vendieron a los mercaderes por veinticinco monedas de plata: los mercaderes se llevaron a José a Egipto. Los Ismaelitas vendieron en Egipto a Polifar, consejo del Faraón y comandante de los guardias. En Egipto, el faraón dijo a José: «Ninguno es inteligente y sabio como tú. Tú mismo serás mi mayordomo»

Hubo una carestía en todos los países, pero en todo Egipto había pan. Después todo el país de Egipto empezó a sentir el hambre. Entonces el faraón dice a todos los Egipcios: «Vayan con José; hagan lo que les dirá»...

Los diez hermanos de José bajaron a Egipto para adquirir el grano en Egipto. Entonces José dijo a sus hermanos: «Acérquense a mí! ... Yo soy José, el hermano de ustedes, que han vendido. Pero ahora no se entristezcan y no se atemoricen por haberme vendido, porque dios me ha enviado aquí antes de ustedes para conservarlos con vida ... para asegurar la sobrevivencia en el país y salvar la vida de mucha gente».

Palabra de Dios.

A. Te alabamos, Señor.

CANTO SÁLMICO

10. Un cantor (salmista) o lector propone el estribillo que es repetido por la asamblea y retomado cada estrofa del canto sálmico.

(Sal 62 [61], 2-3; 66 [65], 9; 121 [120], 5; 72 [71], 12-13).

R. *El Señor es tu custodio, es como sombra que te cubre.*

S. Sólo en Dios descansa mi alma,
porque de él viene mi salvación;
sólo él es mi roca y mi salvación,
mi alcázar: no vacilaré. **R.**

No permitirá que resbale tu pie,
tu guardián no duerme;
no duerme ni reposa
el guardián de Israel.
El Señor te guarda a su sombra, **R.**

Él librará al pobre que clamaba,
al afligido que no tenía protector;
él se apiadará del pobre y del indigente,
y salvará la vida de los pobres; *R.*

CANTO AL EVANGELIO

cf. *Dt* 32, 10

11. Todos se levanta. Fuera del Tiempo de Cuaresma se sustituye con la aclamación *Aleluya*

A. Honor y gloria a ti, Señor Jesús

Lo llevaron a la tierra desierta, en un país extranjero,
lo educó, tuvo cuidado, lo formó,
lo cuidó como pupila de sus ojo.

A. Honor y gloria a ti, Señor Jesús

EVANGELIO

12. Aquel que preside proclama el Evangelio

L. Del Evangelio según san Mateo

(2, 13-15.19-23)

Levántate, toma contigo al niño y a su madre

Después de que los magos partieron de Belén, el ángel del Señor se le apareció en sueños a José y le dijo: «levántate, toma al niño y a su madre, y huye a Egipto. Quédate allá hasta que yo te avise, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo».

José se levantó y esa misma noche tomó al niño y a su madre y partió para Egipto, donde permaneció hasta la muerte de Herodes, Así se cumplió lo que dijo el Señor por medio del profeta: *De Egipto llamé a mi hijo.*

Después de muerto Herodes, el ángel del Señor se le apareció en sueños a José y le dijo: «Levántate, toma al niño y a su madre y regresa a la tierra de Israel, porque ya murieron los que intentaban quitarle la vida al niño».

Se levantó José tomó al niño y a su madre y regresó a la tierra de Israel. Pero habiendo oído decir que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre, Herodes, tuvo miedo de ir allá y advertido en sueños se retiró a Galilea y se fue a vivir en una población llamada Nazaret. Así se cumplió lo que habían dicho los profetas: «*Se le llamará nazareno*».

Aclamemos con el canto la palabra del Señor.

A. Gloria y honor a ti, oh Cristo
palabra viviente del Padre.

O bien, fuera del tiempo de Cuaresma, se canta *Aleluya*

MEDITACIÓN DE LA PALABRA

13. Después de la proclamación del evangelio todos se sientan. Sigue la meditación de la Palabra escuchada, que puede tener varias formas: silencio meditativo, diálogo fraterno que ponga en evidencia el tema de la celebración, lectura del texto propuesto o de un texto tomado de los escritos de los Santos Padres o de otros Autores de válida doctrina (Ver Apéndice).

De la Exhortación apostólica *Redemptoris Custos* de Juan Pablo II

nn. 14. 28. 31

José custodia también en el exilio aquel que realiza la nueva alianza

Pero, según el texto de Mateo, antes de este regreso a Galilea, hay que situar un acontecimiento muy importante, para el que la Providencia divina recurre nuevamente a José. Leemos: «Después que ellos (los Magos) se retiraron, el ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: "Levántate, toma contigo al niño y a su madre y huye a Egipto; y estate allí hasta que yo te diga. Porque Herodes va a buscar el niño para matarle"» (Mt 2, 13). Con ocasión de la venida de los Magos de Oriente, Herodes supo del nacimiento del «rey de los judíos» (Mt 2, 2). Y cuando partieron los Magos él «envió a matar a todos los niños de Belén y de toda la comarca, de dos años para abajo» (Mt 2, 16). De este modo, matando a todos, quería matar a aquel recién nacido «rey de los judíos», de quien había tenido conocimiento durante la visita de los magos a su corte. Entonces José, habiendo sido advertido en sueños, «tomó al niño y a su madre y se retiró a Egipto; y estuvo allí hasta la muerte de Herodes; para que se cumpliera el oráculo del Señor por medio del profeta: "De Egipto llamé a mi hijo"» (Mt 2, 14-15; cf. Os 11, 1). De este modo, el camino de regreso de Jesús desde Belén a Nazaret pasó a través de Egipto. Así como Israel había tomado la vía del éxodo «en condición de esclavitud» para iniciar la Antigua Alianza, José, depositario y cooperador del misterio providencial de Dios, custodia también en el exilio a aquel que realiza la Nueva Alianza.

....

José, en su momento, fue el custodio legítimo y natural, cabeza y defensor de la Sagrada Familia (...). Es, por tanto, conveniente y sumamente digno del bienaventurado José que, lo mismo que entonces solía tutelar santamente en todo momento a la familia de Nazaret, así proteja ahora y defienda con su celeste patrocinio a la Iglesia de Cristo»...

Y recordando que Dios ha confiado los primeros misterios de la salvación de los hombres a la fiel custodia de San José, le pide que le conceda colaborar fielmente en la obra de la salvación, que le dé un corazón puro, como san José, que se entregó por entero a servir al Verbo Encarnado, y que «por el ejemplo y la intercesión de san José, servidor fiel y obediente, vivamos siempre consagrados en justicia y santidad».

III. OFRECIMIENTO DE LA LUZ Y AGRADECIMIENTO

OFRECIMIENTO DE LA LUZ

14. Después de la meditación de la Palabra, sigue el ofrecimiento de la luz. Aquel que preside introduce tal gesto con estas palabras o con otras semejantes:

P. En la noche, en el sueño,
José fue advertido por un ángel
sobre el peligro que corrían el niño Jesús y su madre.
En la noche, guiado por Dios,
José huyó con ellos a Egipto.
Para recordar que el Señor, el buen pastor, vigila sobre nosotros
y nos guía en la noche de la prueba,
encendamos ahora nuestras candelas.

15. Así pues, el que preside se dirige hacia la imagen de san José, enciende su cirio de la luz y ofrece la flama a los presentes. Mientras tanto se canta el siguiente salmo 22 u otro canto adaptado:

El Señor es mi pastor, nada me falta:
en verdes praderas me hace recostar;

me conduce hacia fuentes tranquilas
y repara mis fuerzas;
me guía por el sendero justo,
por el honor de su nombre.

Aunque camine por cañadas oscuras,
nada temo, porque tú vas conmigo:
tu vara y tu cayado me sosiegan.

Preparas una mesa ante mí,
enfrente de mis enemigos;
me unges la cabeza con perfume,
y mi copa rebosa.

Tu bondad y tu misericordia me acompañan
Todos los días de mi vida,
y habitaré en la casa del Señor
por años sin término.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

PRECES DE AGRADECIMIENTO Y SÚPLICA

16. Aquel que preside dirige a Dios la siguiente oración de agradecimiento y súplica:

P. Alabemos al Señor nuestro Dios.

A. Porque es eterna es su misericordia,

P. Bendigamos su santo nombre.

A. Él es nuestra salvación.

P. Te alabamos, Padre, y te bendecimos
porque en tu providente misericordia

P. Te alabamos, Padre, y te bendecimos
porque en tu providente misericordia
has confiado a los inicios de nuestra redención
a la custodia de san José,
el cual vigiló a Jesús y su madre
y los liberó de la mano homicida de Herodes;
José que veneremos ahora
como protector de la santa Iglesia,
familia de los discípulos de Cristo.

A. *Tú sólo eres santo, Señor:
a ti la alabanza y la gloria por los siglos.*

Por tu voluntad,
tu Hijo
fue llevado por José al templo
para ser circuncidado según la ley
y recibir el nombre de Jesús, Salvador;
descendiente de Israel,
también él bajo la custodia de José,
fue exiliado en Egipto
y recorrió el camino del Éxodo.

*A. Tú sólo eres santo, Señor:
a ti la alabanza y la gloria por los siglos.*

En tu bondad
has querido que tu Hijo
llamara «padre»
a aquel que se le enseñó con amor
a pronunciar las primeras palabras
y a recitar las oraciones de los hijos de Israel,
que lo adiestró a cumplir los primeros trabajos de carpintería
y lo acompañó, de doce años,
en la primera peregrinación a Jerusalén
donde permaneció tres días a ocuparse de las cosas tuyas.

*A. Tú sólo eres santo, Señor:
a ti la alabanza y la gloria por los siglos.*

Concédenos, Señor,
por intercesión de san José,
acoger y guardar a Jesús, en nuestra casa,
a escuchar su Palabra
y de ponerla en práctica.

A. Te lo pedimos, Señor.

Dona penetración a nuestra mirada
para vislumbrar al Hijo tuyo en la necesidad,
mansedumbre a nuestras palabras
para consolarlo,
celo a nuestro obrar
para aliviar los sufrimientos.

A. Te lo pedimos, Señor.

*P. A ti, Padre, fuente de la vida,
por Cristo, primogénito de los santos,
en el Espíritu que todo lo renueva,
todo honor y gloria por los siglos eternos.
nei secolì eterni.*

A. Amén.

IV. DESPEDIDA

17. Un lector o, si lo considera más oportuno aquel que preside, dirige a la asamblea la siguiente monición u otra semejante:

L. La celebración
se prolongue en nuestra vida.
Recordemos cuanto es importante
vigilar como José a Jesús,
presente en nosotros y en el prójimo,
y vivir el mandamiento de la caridad.

18. Si preside un presbítero o un diácono dice:

P. El Señor esté con ustedes
A. Y con tu espíritu

19. Aquel que preside dice:

P. El Dios de la misericordia
confirme en nosotros la fe,
alimente la esperanza
y reavive la flama de la caridad.
A. Amén.

20. Si preside un presbítero o un diácono, añade:

P. Y la bendición de Dios omnipotente,
Padre e Hijo+ y Espíritu Santo,
descienda en ustedes y en ustedes permanezca siempre
A. Amén.

21. Después aquel que preside despide a la asamblea diciendo:

P. Vayan,
caminen en la luz del Señor
y sean custodios solícitos los unos de los otros
A. Demos gracias a Dios.

22. Según la tradición de la Orden, la familia de los Siervos se dirige a santa María, su Señora, cantando la *Salve, oh Reina*, o bien, la *Súplica de los Siervos*, o algún otro canto mariano.

III

JOSÉ, PADRE SOLÍCITO

*Pastor de Israel, escucha,
tú que guías a José como a un rebaño;
ven a visitar tu viña,
la cepa que tu diestra plantó,
y que tú hiciste vigorosa. Sal 79, 2a. 15b-16*

*«!Oh José! lleva a David la buena noticia:
ves, eres padre de Dios.
Tú has visto la Virgen encinta,
con los pastores tú has cantado Gloria,
con los Magos te has postrado,
con el ángel has tratado de las cosas divinas.
Ora pues a Cristo, nuestro Dios,
que salve nuestras almas»
Del Rito bizantino*

1. En este esquema de oración alabamos a Dios por su designio mesiánico realizado con la participación de san José, esposo de la Virgen María y que Jesús ha llamado «padre»; él ha elegido a José para hacer entrar en la descendencia de David el niño Jesús, concebido en María por obra del Espíritu Santo. Estamos invitados a orar, además, por todos los que en el pueblo de Dios ejercer la paternidad.

2. Para que la celebración logre una fructuosa participación es necesario preparar, sirviéndose de medios adecuados, el ánimo de los fieles y el ambiente donde tendrá lugar la celebración. Por lo tanto se preparen:

- las imágenes de san José sobre la cual posiblemente se escriba la inscripción «Hijo de David» o de la Santa Familia colocada en un lugar importante;
- una lámpara en la imagen de san José;
- flores para el homenaje a san José..

I. RITOS INICIALES

SALUDO ANGÉLICO

3. La celebración, según la tradición de los Siervos, inicia con el canto del saludo del ángel:

A. Dios te Salve María, llena eres de gracia,
el Señor es contigo.
Bendita tu entre las mujeres
y bendito es el fruto de tu vientre Jesús.

INVITACIÓN A LA ALABANZA

4. Todos hacen el signo de la cruz mientras aquel que preside dice:

P. En el nombre del Padre
y del Hijo
y del Espíritu Santo
A. Amén.

Aquel que preside bendice a Dios y saluda la asamblea con estas palabra o con las otras semejantes:

P. Bendito seas, eterno Dios.
que has hecho de Abraham nuestro padre en la fe,
y en él has bendecido todas las familias de la tierra.
A. Bendito sea el Señor por los siglos.

P. Bendito seas, Jesús Cristo, Hijo de Dios,
que has llamado a José «padre»
realizando con él la voluntad del Altísimo.
A. Bendito sea el Señor por los siglos.

P. Bendito seas, Espíritu Santo.
que has fecundado el seno de la Virgen María
y de tal prodigio has hecho testigo a José.
Bendito sea el Señor por los siglos.

P. A ustedes hermanos y hermanas,

alegría y paz en el Señor.

A. Amén.

MONICIÓN

5. Un lector o, si considera más oportuno aquel que preside, anuncia el tema de la celebración con estas palabras u otras semejantes:

L. Según las profecías,
el Mesías debería nacer de la casa de David.
Dios, por lo tanto, eligió a José, «Hijo de David»,
a asumir la paternidad de Jesús,
concebido en el seno de María
por obra del Espíritu Santo.
En esta celebración
hacemos memoria de san José, padre solícito,
y recordamos a cuantos, adhiriendo el designio de Dios,
acogen con alegría el don de la paternidad.

HIMNO

6. Así pues, se canta uno de los dos himnos u otro canto apto:

¡Santos piadosos de todos los tiempos
vean lo fiel que el Señor se ha mostrado!
Canten por siempre todos el misterio:
como en Cristo se cumple la historia.

De Israel con sus padres electos
de inmediato a Egipto acude
y los grilletes de esclavos a romperlos
solo él puede guiar a la libertad.

Y arribados a tierra promesa
ser fundadores de un reino glorioso
como David hombre, según su afecto,
prometerá para siempre sin fin.

Hijo anhelado será el de David
el Salvador esperado en los siglos,
el verdadero de Jesé, Mesías
que cumplirá toda ley divina. Amén.

O bien:

Dios fiel,
llama en Israel
el justo indeciso
a ser esposo
de la inmaculada

de ti fecundada.

Oh Padre celestial,
en el tronco de Jesé,
susurras a José
de hacer de padre
del Verbo encarnado,
al Rey neonato.

En tu grande amor,
guías al soñador,
lejos de Herodes,
con paso apresurado,
al Éxodo iniciado.

Tú que has hecho todo,
guías al artesano
y enseñas al Hijo,
las manos en la madera,
a hacer cosas nuevas:
el pesebre de la Cruz.

Señor de la historia,
calma la tempestad
y riges la barca,
hasta la otra rivera,
con el santo patrón,
el justo tu siervo.

A ti, Padre bueno,
al Filio dilecto,
al Sopro vital
que expulsa todo mal,
cantemos, un solo corazón
la alabanza por siempre. Amén.

ORACIÓN

7. Aquel que preside invita:

P. Oremos.

Y todos se recogen en silenciosa oración. Después:

Dios omnipotente y eterno,
te alabamos y de damos las gracias
porque nos has dado el privilegio de llamarte Padre.
Por intercesión de san José,
padre solícito de tu Hijo,
acrecienta en nosotros el espíritu de hijos adoptivos,
para que adhiramos a tu voluntad,

nos ocupemos de los bienes que duran
y entremos en el Reino por ti promeso.
Por Jesucristo nuestro Señor.

A. Amén.

II. ESCUCHA DE LA PALABRA

8. Todos se sientan. Según las circunstancias, podrán ser proclamadas dos lecturas bíblicas intercaladas por el canto sálmico (n. 10). Si no se proclama la primera lectura (n. 9), la escucha de la palabra inicia con el canto sálmico (n. 10).

PRIMERA LECTURA

9. Un lector proclama el pasaje bíblico siguiente en el cual se recuerda la tarea esencial de cada padre: transmitir a los hijos el amor a la sabiduría:

L. Del libro de los Proverbios (4, 1-9)

Guarda mis preceptos y vivirás

Escuchen, hijos la instrucción paterna,
pongan atención y aprendan a ser inteligentes;
les enseño una buena doctrina, no abandonen mi enseñanza.
Yo también fui hijo de mi padre,
tiernamente querido por mi madre.
El me instruía diciéndome:
«Guarda mis palabras en tu corazón,
observa mis mandatos y vivirás.
Adquiere sabiduría, adquiere inteligencia,
no olvides sigue mis consejos;
no la abandones y cuidará de ti
ámala y te protegerá.
Para empezar a ser sabio,
adquiere sabiduría
y gasta tu fortuna en adquirir inteligencia.
Apréciala, y te engrandecerá;
abrázala y te colmará de honores.
Pondrá en tu cabeza una hermosa diadema,
te colocará una espléndida corona».

Palabra de Dios.

A. Demos gracias a Dios.

CANTO SÁLMICO

10. Un cantor (salmista) o un lector propone el estribillo que es repetido por la asamblea y retomado cada estrofa del canto sálmico.

(Sal 63 [62], 2. 4; 69 [68], 17-18. 33-34a)

R. *Respóndeme Señor: dirige a mí tu gran ternura*

Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo,
mi alma está sedienta de ti;
mi carne tiene ansia de ti,
como tierra reseca, agostada, sin agua. *R.*

¡Cómo te contemplaba en el santuario
viendo tu fuerza y tu gloria!
Tu gracia vale más que la vida,
te alabarán mis labios. *R.*

Respóndeme, Señor, benéfica es tu gracia;
dirígeme en tu gran ternura.
No escondas tu rostro a tu siervo,
estoy en peligro: apresúrate a responderme. *R.*

Vean los humildes y se alegre;
se revive el corazón de quien busca a Dios:
porque el Señor escucha a los pobres. *R.*

CANTO AL EVANGELIO

Jn 6, 42

11. Todos se levantan. Fuera del Tiempo de Cuaresma, se sustituye la aclamación con el *Aleluya*

A. Honor y gloria a ti, Señor Jesús.

Los Judíos decía de él:

«¿Aquel no es Jesús, el hijo de José?
De él conocemos el padre y la madre».

A. Honor y gloria a ti, Señor Jesús.

EVANGELIO

12. Aquel que preside proclama el Evangelio

L. Del Evangelio según san Lucas (2, 39-50)

*«Hijo mío ¿por qué te has portado así con nosotros?
Tu padre y yo te hemos estado buscando, llenos de angustia*

Y cuando cumplieron todo lo que prescribía la ley del Señor, se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño iba creciendo y fortaleciéndose, se llenaba de sabiduría y la gracia de Dios estaba con él.

Los padres de Jesús solían ir cada año a Jerusalén para las festividades de la Pascua. Cuando el niño cumplió doce años, fueron a la fiesta, según la costumbre. Pasados aquellos días se volvieron, pero el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin que sus padres los supieran. Creyendo que iba en la caravana, hicieron un día de camino; entonces lo buscaron, y al no encontrarlo, regresaron a Jerusalén en su busca.

Al tercer día lo encontraron en el templo, sentado en medio de los doctores, escuchándolos y haciéndoles preguntas. Todos los que lo oían se admiraban de su inteligencia y de sus respuestas. Al verlo, sus padres se quedaron atónitos y su madre le dijo: «Hijo mío ¿por qué te has portado así con nosotros? Tu padre y yo te hemos estado buscando, llenos de angustia». Él les respondió: «¿Por

qué me andaban buscando? ¿No sabían que debo ocuparme en las cosas de mi Padre?» ellos no entendieron la respuesta que les dio. Entonces volvió con ellos a Nazaret y siguió sujeto a su autoridad. Su madre conservaba en su corazón todas aquellas cosas. Jesús iba creciendo en saber, en estatura y en el favor de Dios y de los hombres.

Aclamemos con el canto la palabra de Dios.

A. Gloria y honor a ti, oh Cristo
palabra viviente del Padre.

O bien, fuera del Tiempo de Cuaresma, se repite el *Aleluya*

MEDITACIÓN DE LA PALABRA

13. Después de la proclamación del evangelio todos se sientan. Sigue la meditación de la Palabra escuchada, que puede tener varias formas: silencio meditativo, diálogo fraterno que ponga en evidencia el tema de la celebración, lectura del texto propuesto o de un texto tomado de los escritos de los Santos Padres o de otros Autores de válida doctrina (Ver Apéndice).

L. De «San José» de Jean Galot

San Giuseppe (Borla, Torino 1964), pp. 73-75

Jesús lo llamaba con el nombre de padre.

Se tiene que reconocer que Giuseppe ha tenido una verdadera paternidad. Sabemos que Jesús ha considerado a José como un padre, comportándose como hijo. El testimonio de la gente de Nazaret, que lo creyó hijo de José y que no nutrió nunca ninguna duda al respecto, es suficiente pensar que José y Jesús actuaban como padre e hijo. Pero además poseemos un testimonio más directo, el de María, que le dice a Jesús, hallándolo en el templo: "*Tu padre y yo*"... (*Lc 2, 48*). Es la prueba que en la intimidad de la familia de Nazaret José realmente fue considerado el padre del niño.

Pero si Jesús ha considerado a José como un padre, no lo ha hecho de modo ficticio, con un "como si" que no correspondía a la realidad. José era realmente un padre: fue el verdadero esposo de María, verdadero jefe de una familia constituida con una verdadera matrimonio, y Jesús nació en aquel matrimonio. Así José ejerció la autoridad de un padre, demostrando una rapidez y una dedicación realmente paternal y recibiendo en cambio del niño un amor filial, obediente y confiado. Cuando Jesús lo llamó con el nombre de padre, puso en aquel apelativo todo su corazón de niño, y ello hizo vibrar de amor el corazón paternal de José.

Ciertamente Jesús tuvo a otro padre, el Padre celeste del que es hijo desde la eternidad. Sería posible creer entonces que le fuera imposible tener a un padre humano, tratar a un hombre como padre y quererlo como tal sometándose a su influencia paternal. ¿El Padre eterno, con su perfecta paternidad, no tuvo que ser Padre exclusivo de Jesús? Pero con la encarnación él quiso que su Hijo conociera a un padre humano y se dejara conducir y educar por él. La paternidad de José es pues una de las maravillas innatas en la encarnación; nos demuestra a qué punto esta encarnación haya estado completada, a qué punto el Verbo hecho carne haya sido un niño semejante a los otros.

III. SÚPLICA A SAN JOSÉ

ORACIÓN A DIOS, PADRE DE TODOS

14. Terminada la meditación de la palabra, aquel que preside invita a la asamblea a recitar el *Padre nuestro* con estas palabras u otras semejantes:

P. Jesús enseñó a sus discípulos
a dirigirse a Dios en la oración llamándolo Padre.
Movidos por su Espíritu que en nosotros grita «Abbá. Padre»,
uníamos nuestras voces
y digamos juntos la oración que Jesús nos enseñó:

A. Padre nuestro, que estás en el cielo,
santificado sea tu Nombre;
venga a nosotros tu reino;
hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.
Danos hoy nuestro pan de cada día;
perdona nuestras ofensas,
como también nosotros perdonamos
a los que nos ofenden;
no nos dejes caer en la tentación,
y líbranos del mal.

P. Líbranos, oh Señor, del mal de la discordia
y, por tu amor misericordioso,
crezca constantemente nuestra comunión fraterna,
para que a imitación de la Santa Familia de Nazaret,
seamos solidarios y fieles en cumplir tu voluntad.

A. Y dónanos tu paz.

OFRECIMIENTO DE FLORES E INCIENSO

15. Aquel que preside introduce el ofrecimiento de flores e incienso con estas palabras u otras semejantes:

P. De Dios toda paternidad
tiene su origen en los cielos y en la tierra.
De Dios José, hombre justo,
fue elegido como esposo de María
para dar como padre el nombre de Jesús al Hijo.
A él, que Dios hizo señor de su casa,
dirijamos la mirada
y expresemos veneración
y afecto con gestos de ahora realizamos.

Aquel que preside coloca un ramo de flores frente a la imagen de san José y la incienso o bien hace quemar el incienso en un brasero. Mientras tanto se canta la antífona siguiente u otra adapta:

Ant. El justo florecerá como un lirio,
frente al Señor, por siempre.³

V. Dios lo hizo señor en su casa (cf. *Sal* 105 [104], 21)
y le confío los bienes más preciosos. **Ant.**

³ N.B. Si se busca una ilustración de este acontecimiento, hay en el Coral C de Bolonia, titulado *Antiphonarium de tempore* y se remonta al siglo XV, en la hoja 89v, una miniatura con la letra V (*Videntes Ioseph a longe ...*) que representa a José colocado en la cisterna por los hermanos.

III. SÚPLICA A SAN JOSÉ

SÚPLICA LITÁNICA

16. Todos se dirigen hacia la imagen de san José. Aquel que preside introduce la súplica litánica con estas palabras u otras semejantes:

P. Hermanos y hermanas,
imploremos la misericordia de Dios
para que, por intercesión de san José,
Padre solícito del Redentor,
sostenga a cuantos acogen el don de la paternidad.

17. Después se cantan las Letanía a san José.

Señor, ten piedad.
Cristo, ten piedad.
Señor, ten piedad.
Cristo, óyenos.
Cristo escúchanos.

Señor, ten piedad.
Cristo, ten piedad.
Señor, ten piedad.
Cristo, óyenos
Cristo escúchanos.

Padre, que estás en los cielos
Hijo redentor del mundo,
Espíritu Santo Paráclito,
Trinidad santa, único Dios.

ten piedad de nosotros

Santa María,
San José,

ruega por nosotros
ruega por nosotros

Hijo de Adán,
Hijo de Abraham,
Hijo de David,

ruega por nosotros

Hombre pobre,
Hombre justo
Hombre confidente,

ruega por nosotros

Hombre de sueños reveladores,
Hombre del prudente silencio,
Hombre de inquebrantable fe,

ruega por nosotros

Siervo humilde,
Siervo obediente,
Siervo diligente

ruega por nosotros

Esposo reservado,
Esposo vigilante,
Esposo fiel,

ruega por nosotros

Padre amoroso, Padre atento, Padre valiente,	ruega por nosotros
Guardián, del Redentor, Guardián, de la Madre del Redentor, Guardián, de la Santa Familia,	ruega por nosotros
Testigo del nacimiento de Jesús, Testigo de la profecía de Simeón, Testigo asombrado de Jesús entre los doctores,	ruega por nosotros
Compañero de los desterrados, Sostén de las familias, Ejemplo de los trabajadores,	ruega por nosotros
Alivio de los afligidos, Esperanza de los enfermos, Consuelo de los moribundos,	ruega por nosotros
Socorredor de los dudosos, Patrón de la Iglesia, Compatrono de nuestra Orden, (O bien: Intercesor de los fieles)	ruega por nosotros
Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo, Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo,	perdónanos, Señor. escúchanos, Señor. ten piedad de nosotros.

18. Aquel que preside concluye la súplica litánica con la oración siguiente:

P. Oh Dios, Padre providente y misericordioso,
que, en la plenitud de los tiempos
has elegido José, hombre justo,
para custodiar como padre tu Hijo,
nacido de la Virgen María,
haz que, animados por su ejemplo y sujetos por su intercesión,
caminemos en tu presencia
por el camino de la santidad
y, atentos a tus llamadas,
colaboremos fielmente en la obra de la salvación.
Por Jesucristo nuestro Señor.
A. Amén.

La *Letanía a san José* seguida por su oración (13-14) pueden ser sustituidas por una oración a San José (ver: Apéndice II, Oraciones, n. 11).

IV. DESPEDIDA

19. Un lector o, si lo considera más oportuno aquel que preside, dirige a la asamblea la siguiente monición u otra semejante:

L. La celebración
se prolongue en nuestra vida.
Un solo Padre tenemos:
Dios, misericordioso y benevolente hacia todos.
Cada uno como san José,
sea signo hacia los hermanos
de la bondad y misericordia de Dios.

20. Si preside un presbítero o un diácono dice:

P. El Señor esté con ustedes

A. Y con tu espíritu

21. Aquel que preside dice:

P. El Dios eterno, Padre omnipotente,
que nos ha predestinado a ser sus hijos adoptivos,
nos haga conocer sus pensamientos
y nos ayude a caminar en sus senderos.

A. Amén.

22. Si preside un presbítero o un diácono, añade:

P. Y la bendición de Dios omnipotente,
Padre e Hijo+ y Espíritu Santo,
descienda en ustedes y en ustedes permanezca siempre

A. Amén.

23. Después aquel que preside despide a la asamblea diciendo:

P. Vayan,
caminen en la paz del Señor
y sean hermanos solícitos los unos de los otros.
y sean custodios solícitos los unos de los otros

A. Demos gracias a Dios.

24. Según la tradición de la Orden, la familia de los Siervos se dirige a santa María, su Señora, cantando la *Salve, oh Reina*, o bien, la *Súplica de los Siervos*, o algún otro canto mariano.

IV

JOSÉ ARTESANO

*Trabajando noche y día para no ser carga a alguien
le hemos anunciado el evangelio de Dios.
ITes 2, 9*

*Oh san José,
trabajaste cada día para ganar el pan,
tú que has probado el ansia del mañana,
la amargura de la pobreza, la precariedad del trabajo,
mira a la inmensa familia que te ha sido confiado.
Paolo VI*

1. En este esquema de oración alabemos a Dios que ha elegido a san José artesano como padre terreno de su Hijo, para que experimentara con él el valor y la dignidad del trabajo. Mirando a san José, modelo y protector de todos los trabajadores, estamos invitados también a tomar conciencia que nuestro trabajo cotidiano nos permita participar en la obra creadora de Dios.

2. Para que la celebración logre una fructuosa participación es necesario preparar, sirviéndose de medios adecuados, el ánimo de los fieles y el ambiente donde tendrá lugar la celebración. Por lo tanto se preparen:

- la imagen de san José colocada en un lugar importante;
- una vasija con oleo que será bendecido y algunos instrumentos significativos de varios trabajos.

I. RITOS INICIALES

SALUDO ANGÉLICO

3. La celebración, según la tradición de los Siervos, inicia con el canto del saludo del ángel:

A. Dios te Salve María, llena eres de gracia,
el Señor es contigo.
Bendita tu entre las mujeres
y bendito es el fruto de tu vientre Jesús.

INVITACIÓN A LA ALABANZA

4. Todos hacen el signo de la cruz mientras aquel que preside dice:

P. En el nombre del Padre
y del Hijo
y del Espíritu Santo
A. Amén.

Aquel que preside bendice a Dios y saluda la asamblea con estas palabra o con las otras semejantes:

P. Bendito seas, Dios creador,
sabio y providente,
que has hecho todas las cosas buenas.
A. Bendito sea el Señor por los siglos.

P. Bendito seas, Jesús, Señor nuestro,
que has sido hijo del carpintero,
participando la condición humana.
A. Bendito sea el Señor por los siglos

P. Bendito seas, Espíritu Santo,
que comas de dones a la Iglesia y a toda la humanidad
para que cada uno colabore en la construcción de un mundo nuevo.
A. Bendito sea el Señor por los siglos

P. A ustedes hermanos y hermanas,
alegría y paz en el Señor.
A. Amén.

MONICIÓN

5. Un lector o, si considera más oportuno aquel que preside, anuncia el tema de la celebración con estas palabras u otras semejantes:

L. Dios el Arquitecto creador,
que ama todo lo que vive
ha confiado la tierra al hombre,
para que él, valiéndose de los recursos de la naturaleza
e instrumentos de la ciencia y técnica,
cooperara al grande designio de la creación.
En esta celebración,
hacemos memoria de san José, artesano,
que junto con Jesús mostró a los hombres
la dignidad y el valor del trabajo.
Rezaremos, pues, de una manera particular,
por todos los trabajadores
para que sean conscientes
en participara con su trabajo
a la actividad creadora de Dios.

HIMNO

6. Así pues se canta uno de los dos himnos u otro canto adaptado

¡En el origen cual fiesta has hecho!,
Tu de la fiesta eres Dios y el Señor:
un Dios que goza de las obras tuyas
y más aún porque emerge el hombre

Vayamos pues al trabajo, hermanos,
unámonos con el Dios que es creador,
la obra tuya es llevemos a fine
la fe irradie en nuestra fatiga.

Loado sea en nuestro trabajo,
por estas casas, ciudades y máquinas,
para que no haya nada de profano
en la amorosa fatiga del hombre.

Ten piedad de quién vigila insomne,
de aquel obrero que inicia su turno:
aun en la noche llevemos serenos
junto a tí el gran peso del mundo.

A tu viñedo hemos sido llamados,
nunca salario elevado pretenda
quien el honor tiene de ser electo
desde el alba a servir a tu reino. Amén.

O bien:

¡Santa y dulce morada,
donde Jesús niño
esconde su gloria!

José enseña al humilde
arte del carpintero
al Hijo del Altísimo-

Junto a él María
hace alegre su casa
de una límpida alegría.

La mano del Señor
los guía y los protege
en días de la prueba.

Oh familia de Nazaret
experta del sufrir,
dona al mundo al paz.

A ti sean loas, oh Cristo,
al Padre y al Espíritu
por los siglos de los siglos. Amén.

ORACIÓN

7. Aquel que preside invita:

P. Oremos.

Y todos se recogen en silenciosa oración. Después:

Dios creador,
tú has confiado a nosotros la tierra,
para que la cuidáramos;
por intercesión de san José,
haz que nos comprometamos, concordemos,
en la construcción de un mundo más justo y fraterno,
en el cual cada uno, con pleno derecho, sea ciudadano.
Por Jesucristo nuestro Señor.

A. Amén.

II. ESCUCHA DE LA PALABRA

8. Todos se sientan. Según las circunstancias, pueden ser leídas dos lecturas intercaladas por un salmo. Si no se proclama la primera lectura (n. 9), la escucha de la palabra inicia con el salmo (n. 10)..

PRIMERA LECTURA

9. un lector proclama el texto siguiente u otro texto bíblico adaptado..

L. De la segunda carta de san Pablo apóstol a los Tesalonicenses (3, 7-13)

El que no quiera trabajar, que no coma

Hermanos: Ya saben cómo deben vivir para imitar mi ejemplo, puesto que, cuando estuve entre ustedes, supe ganarme la vida y no depender de nadie para comer, antes bien, de día y de noche trabajé hasta agotarme, para no serles gravosos. Y no porque no tuviera derecho a pedirles el sustento, sino para darles un ejemplo que imitar. Así, cuando estaba entre ustedes, les decía una y otra vez: «El que no quiera trabajar, que no coma».

Y ahora vengo a saber que algunos de ustedes viven como holgazanes, sin hacer nada, y además entrometiéndose en todo. Les suplicamos a esos tales y les ordenamos, de parte del Señor Jesús, que se pongan a trabajar en paz para ganarse con sus propias manos la comida. Ustedes hermanos, no se dejan desanimar en hacer el bien.

Palabra de Dios.

A. Te alabamos Señor

SALMO

10. Un cantor (salmista) o lector propone el estribillo que es repetido por la asamblea y retomado en cada estrofa del salmo.

(Sal 128 [127], 1-6)

R/. *Vivirás del trabajo de tus manos.*

Dichoso el que teme al Señor
y sigue sus caminos R/.

Comerás del fruto de tu trabajo,
serás dichoso, te irá bien;
tu mujer, como parra fecunda,
en medio de tu casa; R/.

tus hijos, como renuevos de olivo,
alrededor de tu mesa:
ésta es la bendición del hombre
que teme al Señor. R/.

Que el Señor te bendiga desde Sión,
que veas la prosperidad de Jerusalén
todos los días de tu vida;
que veas a los hijos de tus hijos.
¡Paz a Israel! R/.

CANTO AL EVANGELIO

11. Todos se levantan. En el tiempo de Cuaresma se sustituye el Aleluya con la aclamación *Honor y Gloria a ti Señor Jesús*.

A. *Aleluya, aleluya*

Col 3, 17

Todo aquello que hagan, en palabras o en obras,

todo se realice en el nombre del Señor Jesús,
dando gracias a Dios Padre por medio de él.

A. Aleluya.

EVANGELIO

12. Aquel que preside proclama el Evangelio.

L. Del Evangelio según san Mateo (13, 53-58)

¿Acaso no es éste el hijo del carpintero?

En aquel tiempo, Jesús llegó a su tierra y se puso a enseñar a la gente en la sinagoga, de tal forma, que todos estaban asombrados y se preguntaban: «¿De dónde ha sacado éste esa sabiduría y esos poderes milagrosos? ¿Acaso no es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama María su madre y no son sus hermanos Santiago, José, Simón y Judas? ¿Qué no viven entre nosotros todas sus hermanas? ¿De dónde, pues, ha sacado todas estas cosas?» Y se negaban a creer en él.

Entonces, Jesús les dijo: «Un profeta no es despreciado más que en su patria y en su casa». Y no hizo muchos milagros allí por la incredulidad de ellos.

Aclamemos con el canto la palabra de Dios.

*A. Gloria y honor a ti, oh Cristo
palabra viviente del Padre.*

O bien, fuera del Tiempo de Cuaresma, se repite el Aleluya

MEDITACIÓN DE LA PALABRA

13. Después de la proclamación del evangelio todos se sientan. Sigue la meditación de la Palabra escuchada, que puede tener varias formas: silencio meditativo, diálogo fraterno que ponga en evidencia el tema de la celebración, lectura del texto propuesto o de un texto de la encíclica *Pacem in terris* de Juan XXIII o de la encíclica *Populorum progressio* de Paolo VI o de un texto tomado de los escritos de los Santos Padres o de otros Autores de válida doctrina (Ver Apéndice).

L. De «San José» de Jean Galot

San Giuseppe (Borla, Torino 1964),

Con el ejemplo de José, todo trabajo es honorable

José tuvo una suerte extraordinaria. Pero cuando se pregunta qué fue lo que distinguió su existencia, se tiene que reconocer que fue el ser consagrado a un trabajo simple, al ejercicio de una actividad que no pedía ninguna dignidad particular.

«Carpintero» fue el nombre con el que fue conocido por los habitantes de Nazaret. Ello significó que José trabajó la madera; fue un pequeño artesano. En su aldea, esta profesión no le valió cierto una consideración o una especial consideración, antes bien fue invocado para rechazar las pretensiones mesiánicas de Jesús: «¿No es quizás él el hijo del carpintero?» (*Mt* 13, 55). Y cuando tomó el sitio de José en la misma profesión, se dirá de él con el idéntico desprecio: «¿No es él el carpintero?» (*Mc* 6, 3).

Se habría comprendido mejor que el padre del Mesías fuera un intelectual, un hombre competente en las Escrituras, un doctor de la ley. En virtud de sus estudios él habría podido preparar a su hijo para su misión de enseñanza, y esta misión habría parecido menos inverosímil al público. La profesión de carpintero desacreditaba a José cuanto a Jesús mismo.

En realidad, vemos cumplirse una vez de más aquello que san Paolo les escribirá a los Corintios: «Lo que es necedad de Dios es más sabio que los hombres» (*ICo* 1, 25). En su sabiduría

que trastorna los valores humanas, Dios quiso aquella profesión de carpintero para aquel que tenía que educar al Salvador. Los títulos de nobleza que tienen mérito a los ojos de Dios son muy diferentes de aquellas creados de los hombres, y el trabajo de carpintero fue uno de éste.

Con esto se revela el valor que Dios atribuye al trabajo humano, también el más simple y común. Queriendo un trabajo manual para José y Jesús, él deseó rehabilitar aquel género de trabajo, principalmente expuesto a la desestima y al desprecio. Manifestó así su aprobación por las tareas humildes, cualquiera ellas sean.

Con el ejemplo de José, cada trabajo es hecho pues honorable. Y en particular, el carpintero de Nazaret eleva muy alta la dignidad de los artesanos, de los obreros, de todos los que trabajan con las manos.

La Iglesia ha reconocido esta verdad haciendo coincidir la fiesta de san José trabajador con la fiesta del trabajo, establecida en honor del mundo obrero. Con esto ha devuelto a José lo que le era de derecho: su trabajo manual, causa del trabajo manual de Jesús, ha sido en el designio divino; al origen de la nueva nobleza asumido por el trabajo humano.

III. ORACIÓN POR LOS TRABAJADORES

14. Sigue la oración por los trabajadores. Ella se desarrolla en dos momentos: en el primero se presentan algunos de los instrumentos más usados en el trabajo cotidiano; en el segundo momento, se bendicen las manos, con las cuales el hombre colabora en la actividad creadora de Dios.

PRESENTACIÓN Y BENDICIÓN DE LOS INSTRUMENTOS DE TRABAJO.

15. Aquel que preside invita algunos miembros de la asamblea a presentar instrumentos usados en el trabajo cotidiano diciendo estas palabras u otras semejantes:

P. Hermanos y hermanas,
con alegría y gratitud,
dirijamos la mirada a san José,
que, con el trabajo de sus manos,
ha proveído a las necesidades de su familia.
A él presentemos algunos instrumentos usados en nuestro trabajo cotidiano,
para que, por su intercesión, Dios los bendiga.

16. Se llevan algunos instrumentos de trabajo cerca de la imagen de san José. Mientras tanto se canta la antífona siguiente intercalándola con la admonición del apóstol Pablo (Hch 20, 34-35):
En tiempo de Cuaresma, se omite el aleluya en la antífona

*Ant. Hombre fiel y admirable,
en su vida trabajadora
José fue amado por Dios, aleluya.*⁴

Bien saben que cuanto he necesitado para mí
y para mis compañeros,
lo he ganado con mis manos. *Ant.*

Siempre he mostrado que hay que trabajar
así para ayudar como se debe
a los necesitados, *Ant*

⁴ *Liturgia de las Horas*, 19 de marzo (S. José, solemnidad), Primeras vísperas, responsorio breve.

17. Aquel que preside bendice los instrumentos de trabajo.

P. Dios Creador, Padre omnipotente,
que has vigilado en la casa de Nazaret
y el trabajo de Jesús, de José y de María, su madre,
bendice estos instrumentos de trabajo
para que los usemos en el respeto de la creación
y colaboremos en la construcción
de un mundo nuevo, más humano,
A. Amén.

BENDICIÓN DEL ÓLEO «DE SAN JOSÉ» Y DE LAS MANOS

18. Aquel que preside introduce la bendición del óleo (llamado «de san José») y de las manos de con estas palabras u otras semejantes:

P. El Dios de toda bondad
ha dado muchos dones a la familia humana
para que gozara en la vida cotidiana.
Ahora, bendeciremos este aceite
para ungir nuestras manos,
a menudo marcadas por la fatiga del trabajo.

19. Así pues, bendice el aceite y prosigue diciendo:

P. Oh Padre, Dios del universo y de cuanto contiene,
tu sabes que el trabajo hace a veces débiles nuestros miembros,
te pedimos:
bendice + este óleo, fruto de nuestro trabajo,
para que, ungiendo nuestras manos,
volvamos a adquirir vigor y perseverancia
y, como José, hagamos del trabajo
un camino de santificación.
Por Jesucristo nuestro Señor.
A. Amén.

20. Aquel que preside introduce el pólce en un vasito que contiene el óleo y traza una cruz en la palma de las manos de alguno de los presentes. Mientras tanto se canta el salmo siguiente u otro canto adaptado:

Salmo 92 [91] 6. 5. 11

R/. Vivirás del trabajo de tus manos.

¡Qué magníficas son tus obras, Señor,
qué profundos tus designios! **R/.**

Tus acciones, Señor, son mi alegría,
y mi júbilo, las obras de tus manos. **R/.**

Pero a mí me das la fuerza de un búfalo
y me unges con aceite nuevo. **R/.**

ORACIÓN A SAN JOSÉ, TRABAJADOR

21. La asamblea dirige a san José la siguiente oración. Aquel que preside la introduce con estas palabras u otras semejantes:

P. Hermanas y hermanos,
dirijamos con confianza nuestra oración
a san José, artesano,
que Dios ha dado
como padre y guía en el trabajo a su Hijo Jesús
y como ejemplo para los trabajadores.

Después de un momento de silencio, aquel que preside y la asamblea, dirigidos hacia la imagen de san José dicen juntos:

A. A ti venimos,
José santo carpintero, para aprender
a poner al servicio del Reino
el trabajo de nuestras manos.
Tú has procurado a Jesús,
desde los primeros años de su vida en Nazaret,
un techo y el alimento,
le has quitado la sed cuando tenía sed,
lo has consolado cuando estaba cansado;
con tus manos trabajadores,
le has enseñado el mismo trabajo
y él como tú, fue llamado el «carpintero».
Tu hijo Jesús, durante la vida pública,
obró el bien y enseñó a sus discípulos
a servir por amor, a trabajar por el Reino.
Intercede por nosotros, oh santo artesano,
para que Dios Padre guíe nuestras manos
a hacer cosas buenas y a socorrer al Hijo
aún hambriento, y sediento, forastero, desnudo,
enfermo o prisionero, en nuestros hermanos.
Nos acompañe, san José,
tu ejemplo de servicio y nos sostenga tu intercesión
hoy y en cada momento de nuestra vida. Amén

IV. ACCIÓN DE GRACIAS Y SÚPLICA

PRECES DE AGRADECIMIENTO Y SÚPLICA

22. Aquel que preside dirige a Dios la siguiente oración de agradecimiento y súplica:

P. Alabemos al Señor nuestro Dios.

A. Porque es eterna es su misericordia,

P. Bendigamos su santo nombre.

A. Él es nuestra salvación.

P. Te alabamos, Padre, y te bendecimos
porque en tu providente misericordia

P. Te alabamos, Padre, y te bendecimos
porque son grandes tus obras:
todo has hecho con sabiduría .
Al hombre, creado a tu imagen,
tu donas energía y sabiduría
para que colabore en tu actividad creadora.

A. *Tú sólo eres santo, Señor:
a ti la alabanza y la gloria por los siglos.*

P. Te alabamos, Padre, y te agradecemos
porque has elegido a José
como padre de tu Hijo Jesús
y lo has dado a nosotros
como modelo de servicio y vida.

A. *Tú sólo eres santo, Señor:
a ti la alabanza y la gloria por los siglos.*

Haz, Señor,
por intercesión de san José,
que los trabajadores
encuentren gozo en el propio trabajo,
sean solidarios entre sí
y se preocupen del bien común.

A. *Te lo pedimos, Señor.*

Haz que los que dan trabajo
vigilen en la seguridad de sus colaboradores,
valoricen las capacidades
y den la justa recompensa.

A. *Te lo pedimos, Señor.*

Has que en la distribución de los bienes de la tierra
no se profundice el abismo entre ricos y pobres
y que en el mundo del trabajo
cada uno sea consciente del valor de la vida
y no permitas que sean pisoteados
los derechos propios y de los demás.

A. *Te lo pedimos, Señor.*

A ti, Padre, fuente de la vida,

por Jesucristo, Salvador del mundo,
en el Espíritu que hace nuevas las cosas,
todo honor y gloria por los siglos eternos.

A. Amén.

V. DESPEDIDA

23. Un lector o, si lo considera más oportuno aquel que preside, dirige a la asamblea la siguiente monición u otra semejante:

L. La celebración
se prolongue en nuestra vida.
Recordemos como nuestro trabajo,
por humilde y escondido,
sea importante a los ojos del divino Arquitecto
y cuanto es imperativo dedicar nuestras energías
a la realización de su proyecto.

24. Si preside un presbítero o un diácono dice:

P. El Señor esté con ustedes.
A. y con tu espíritu.

25. Aquel que preside dice:

P. El Dios de la creación,
que ha dado a nuestras manos el poder
de construir, no de destruir, de acoger,
no de rechazar, de guardar, no de herir,
nos sostenga en la fatiga cotidiana
y haga fecundo nuestro trabajo,
hasta el día en el cual entraremos en su Reino
para cantar en eterno su gloria.
A. Amén.

26. Si preside un presbítero o un diácono, añade:

P. Y la bendición de Dios omnipotente,
Padre, Hijo + y Espíritu Santo,
descienda en ustedes, y en ustedes
permanezca para siempre.
A. Amén.

27. Después el que preside despide a la asamblea, diciendo:

P. Hagan las cosas bella para gloria de Dios.
Vayan en paz.

A. Demos gracias a Dios

28. Según la tradición de la Orden, la familia de los Siervos se dirige a santa María, su Señora, cantando la *Salve, oh Reina*, o bien, la *Súplica de los Siervos*, o algún otro canto mariano.

APÉNDICE

I

ORACIONES

Mensaje de la XVI Marcha nacional Servita nocturna (de Montefano a Loreto, 8/9 de mayo de 1999) escrito por fray David M. Montagna (+2000), osm bajo forma de carta recomendada a san «José de Jacob (betlemita trabajador en Seforis), Casa de la Palabra, Nazaret, galilea de las gentes. Alta Palestina»

Querido José,

he aquí una carta cordial, que te escribimos al terminar la primavera de 1999, año dedicado a «Dios Padre», en la espera del inminente grande Jubileo de la Encarnación de Jesucristo. Cada año te recordamos en la Liturgia de Adviento, al inicio del invierno, pero sobre todo en Cuaresma, cuanto tu memoria festiva (la única de un Santo logar cuarenta días) de la tristeza del invierno nos separa y nos abre, ya los senderos de la primavera y pascua. Esta noche – aquí reunidos para subir en peregrinación hacia tu casa de Nazaret, conservada en Loreto- queremos comprometernos a no ofuscar más tu rostro en la Iglesia ni traicionar tu emblemática experiencia iniciado, en cambio, a madurar contigo los proyectos más verdaderos para el tercer Milenio.

1

José,

heredero ejemplar – por solo don- de la fe inicial de *Abraham* y de su «esperanza contra toda esperanza», tú eres el último patriarca del antiguo Israel, el sello de una historia llena de contradicciones y cargada de promesas.

Después de dos mil años, ni siquiera para nosotros es fácil hoy (como ya para ti) decir *sí* y seguir adelante, siempre *adelante*, sin ninguna evidencia; y somos nosotros mismos, como santa María y como tú, «llenos de gracia», ENSEÑANOS a hacer finalmente la experiencia espiritual de los «*anawim*» (los pobres del Señor) entre los cuales tú has descollado, viviendo día a día, la fe como desafío saludable frente a la grandeza envolvente del Misterio.

2

José,

envuelto, como el grande profeta *Elías*, en la quietud de la noche, en el monte de la Revelación, tú eres contado entre los grandes confidente del Altísimo y recibes las divinas comunicaciones por medio del humilde trámite de los sueños.

Hoy, en el ruido de la historia, estamos raramente raptados por el Silencio nervioso de la única Voz. Dios no hace ruido. De su boca sale solo un sonido dulce y quieto, TÓCANOS al menos, oh amigo, con tu sombra, humilde y maravillosa de la gracia, abriendo nuestros oídos a captar siempre la *melodía* de más Allá. O al menos soñarla: con infinita nostalgia.

3

José,

Esposo, tierno y fiel, de la *Virgen*, conocida con su broca de agua en la mano de un fuente de Nazaret, tu enamorado ha sido un episodio importante en la historia, divina y muy humana, de la Salvación.

ACOMPÁÑANOS con ternura –junto con santa María- para que todos podamos iniciar lazos de amistad, fuertes y exigentes, e iniciar casas desnudas ya vierta, espacio con el centro solo la

Palabra: verdaderos lugares del milagro. De la soledad a la comunión: es el camino del misterio de Belleza, que cada creatura tiene que descubrir, para ser viva.

4

José,

virgen y verdadero padre de *Jesucristo*, el Verbo encarnado ha colocado la tienda en tu casa y tú has permanecido en la tierra la humilde sombra, luminosa e intrépida, del Padre de los Cielos.

Dios no se merece; se acoge. Tu casa, oh amigo, narra una historia de amor y habla de una humilde y premurosa acogida y hospitalidad, larga una vida, del Señor escondido. También cada uno de nosotros, sin embargo, tiene una casa en la cual hospedar, gustando el sabor de la Palabra en la aridez de los días. ATRÁENOS, alegremente, en el vórtice de la quieta luz, no lejanos de la Zarza ardiente, del cual tú no te has desapegado por toda tu existencia.

5

José,

memoria de la profunda verdad del pueblo de la primera Alianza –iniciado por «Dios de Abraham, Isaac, Jacob»- tú eres custodio, sobre la entrada, aún de la gracia de los orígenes de la *Iglesia*, convocada por el Espíritu.

Hoy, nosotros tenemos a menudo miedo y estamos perdidos dentro de los acontecimientos religiosos desde «Galilea de las gentes» (tu verdadero espacio histórico), perdiendo también los caminos sencillos de acceso a la comunión con Dios, «en Espíritu y Verdad». VIGILA a todos nosotros las semillas de vida eterna, dispersos también en nuestra historia, desesperada y cruel; y con amplitud. Y siempre es tiempo de *posibles prodigios*.

6

José,

hombre de la peregrinación –bajado en Egipto como *Abraham* y regresado hacia la Tierra promesa como *Moisés*- tu ibas cada año durante la pascua a Jerusalén, junto con tu esposa: y el año de la ‘mayoría de edad de *Jesús*’ lo perdiste y encontraste «el tercer día»: feliz anticipación de su pascua.

Un grade sentido de ser prófugos nos envuelve, actualmente, de todas partes, interpeándonos para perseverar a todos los caminos de liberación, según los éxodos necesarias. Podemos – con todos- sentirnos verdaderos peregrinos, auténticos «*homines viatores*». PEGA, entonces, una concha en el vestido de cada uno de nosotros, oh amigo, y dónanos el báculo suficiente para continuar veloces el camino.

7

José,

hombre de las manos callosas y sueños, tú has sido el verdadero protagonista del nuevo camino – con el Salvador que resurge- hacia el *futuro*: el nombre nuevo de Dios de la Promesa.

Cada vida tiene raíces en el sueño. Si vez sin más energías vitales, DILATA, oh amigo, nuestro corazón hacia los nuevos horizontes de la historia sagrada e ILÚMINANOS con los ojos para poder intercambiar, con inteligencia, todas las más míseras esperanzas con la grande Esperanza, sin fin. Día a día, la *utopía* necesaria redimerá en nosotros, como en ti, la fátiga de los días, esparciendo el perfume del último sentido. El «jardían florecido» del Edén, soñado por Adán y Eva, se hizo alcanzable.

Amigo José,

que en el silencio has vivido y en silencio has desaparecido, tú eres el único santo sin palabras memorables, más allá de las dos máximas: el *sí* a María, el día del matrimonio; y el *sí*, junto con Ella al Ángel de Dios, Ángel, que te ha asumido de inmediato en el Cielo, en cuerpo y alma, para

esperar la llegada de la esposa. También tú te has «alegrado», por las «grandes obras» realizadas por el Señor. No te olvides más de nosotros, para que podamos alcanzarte ...

MONTEFANO (MACERATA),
convento de san Felipe Benicio:
sabado noche 8/9 mayo 1999.
LOS SIERVOS — COMO TU — DE SANTA MARÍA

II

BREVE ANTOLOGIA DE TEXTOS

SOBRE SAN JOSÉ, ESPOSO DE LA BIENVENTURADA VIRGEN MARÍA

FLORILEGIO PARA SAN JOSÉ

I. REFLEXIONES

1. San Ireneo de Lione (ca.135-ca.200)

Contra Haereses lib. III, cap. 16: PG 7, 921

María dará a luz un hijo y le pondrán por nombre Jesús

A José, que había conocido que María estaba encinta y quería repudiarla secretamente, el ángel le dijo en sueños: “No temas de tomar contigo a María, como tu esposa, porque lo que ella ha generado viene del Espíritu Santo; dará a luz un hijo y le pondrá el nombre de Jesús, porque él salvará su pueblo de sus pecados” (*Mt* 1, 20-21).

Y logró convencerlo. “Todo esto sucedió para que cumpla lo mandado por el Señor por medio del profeta que dice: he ahí, la *Virgen, concebirá en su seno y dará a luz un hijo, y le pondrá el nombre de Emanuel* (*Mt* 1, 22-23; cf. *Is* 7, 40).”

Con estas palabras del profeta buscaba persuadirlo y justificaba María, mostrando que precisamente ella era la virgen del cual Isaías había preanunciado que habría dado a la luz al Emanuel.

2. San Juan Crisóstomo (ca.347-407) [35/A]

In Matthaëum Homilia VIII: PG 57, 85, 2. 3

Hombre de fe.

El ángel apareció no a María, sino a José y le dijo: “Levántate, toma al niño y a su madre”. No dice más, como había dicho antes, “toma a tu esposa”, sino “toma a su madre”, porque ya, después del nacimiento, José no alimentaba ninguna duda y creía firmemente en la verdad del misterio.

El ángel le habla, pues, con mayor libertad, sin llamar Jesús “su hijo” y María “su esposa”, sino diciendo: “Toma al niño y a su madre y huye a Egipto”. Y se explica también la razón de la fuga, añadiendo: “Porque Herodes está buscando al niño para matarlo” (*Mt* 2, 13). José, escuchando estas palabras, no permaneció negativamente impresionado. No dijo al ángel que aquella fuga le parecía enigmática, dado que poco tiempo antes el mismo ángel le había dicho que el niño debería de salvar a su pueblo, mientras ahora parecía no ser ni siquiera capaz de salvarse a sí mismo. Aquella fuga, aquel viaje y aquella larga emigración, ¿no era tal vez en contradicción con la promesa que el ángel mismo le había hecho? Pero José no dijo nada a todo esto, porque era un hombre de fe. No se mostró ni siquiera curioso en conocer el tiempo del regreso, ya que el ángel no se lo había dado a conocer, habiendo dicho genéricamente: “Quédate allá, hasta que yo te diga”. Al contrario, José se mostró celante: escucha, obedece (cf. *Mt* 2, 14) y soporta con alegría todas las pruebas.

3. San Agustín (354-430)

Discurso 51, 16: PL 38, 348

Verdadero esposo de María y verdadero padre de Jesús

Verdadero esposo de María, aunque virgen; y verdadero padre de Jesús, aunque no lo haya procreado: si, adoptando un hijo de una mujer cualquiera tendría derecho de decirse su padre, por tanto más educando como su Hijo de su esposa! Quien dice no tener que llamar padre José por no haber generado a Jesús, busca en el procrear hijos más la libidine que el afecto: José obtuvo con la caridad mucho más de aquel que con la carne; y también el que adoptando hijos, castamente los procrean con el afecto mejor que con la carne. Como Cristo agonizante no encargó, sino que a un virgen su Madre Virgen, así también ni siquiera la habría dada como esposa a José, si este no hubiera sido más que virgen. Honor de la virginidad y custodio de la castita, pues!

4. San Pietro Crisólogo (380ca-450) Sermón 145 La generación de Cristo

Sermone 145: Biblioteca Ambrosiana, vol. 3 (Città Nuova, Roma, 1997), p. 131

Hombre piadoso y justo

Hoy, hermanos, escuchen como el beato evangelista nos haya transmitido el misterio del nacimiento de Cristo. *Cristo vino así, dice, el nacimiento de Cristo. Siendo su Madre María prometida de José, antes que vivieran juntos, se encontró encinta por obra del Espíritu Santo. Y José, su esposo, siendo justo y queriéndola repudiarla, decidió mandarla secretamente.* Y como era justo aquel que no consideró investigar la concepción de la esposa prometida, no busca la causa del pudor violado, no reivindica el buen nombre del matrimonio, ¿pero deja todo? *Decidió enviarla en secreto.* Esta conducta parece convenir a un hombre piadoso más que a un justo, sino según el juicio humano, no según el divino. Frente a Dios no existe piedad sin justicia ni justicia sin piedad. Según el modo de ver celestial, no existe equidad sin bondad ni bondad sin equidad.

Las virtudes están siempre unidas entre sí. Las virtudes, si son separadas, desaparecen. La equidad sin la bondad es dureza y la justicia sin la piedad es crueldad. José, pues, con razón era justo, porque era piadoso, piadoso porque era justo. Por eso, mientras pensaba a la compasión, fue ausente de crueldad; mientras analizaba con moderación la causa, suspendió el juicio: mientras distinguía la venganza, evitó la culpa: mientras rehusaba acusar, descartó él mismo la sentencia. Era perplejo aquel ánimo santo, afectado por la novedad de la situación: estaba allá la esposa encinta, pero virgen; estaba llena del hijo, pero no vacía del pudor; estaba preocupada de la concepción, pero segura de su integridad; estaba revestida del quehacer materno, pero no desnuda del honor de la virginidad. ¿Qué tenía que hacer el esposo frente a esta situación? ¿Acusar del crimen? Pero era él mismo testigo de la integridad. ¿Divulgar la culpa? Pero era él mismo custodio del pudor. ¿No dar tregua al adulterio? Pero era él mismo el seguro de la virginidad. ¿Qué debería de haber hecho frente a esta situación? Piensa en mandarla en secreto, porque no podía ni difundirlo externamente ni contener dentro de sí lo que había sucedido. Piensa en mandarla en silencio y lo dice todo a Dios, porque no sabía que decir al hombre.

5. San Pedro Crisólogo (380ca.-450) Sermón 145

Sermón 145: La generación de Cristo: Biblioteca Ambrosiana, vol 3 (Città Nuova, Roma, 1997), p. 133. 135(?)

Hombre de la promesa de Dios

José, hijo de David. Con dichas palabras ha sido comunicada a David la promesa de Dios Padre: *El Señor ha jurado a David la verdad y no lo desilusionará: el fruto de tus vísceras yo pondré en mi trono.* Tal hecho precisamente exalta este cántico: *El Señor ha dicho a mi Señor: siéntate a mi derecha. El fruto de tus vísceras.* Bien *el fruto de tus vísceras*, bien el fruto del útero, porque el huésped celestial, el habitante del cielo así bajó a alojarse en el útero, y es de ignorar los cerrojos del cuerpo; salió de la morada del vientre de manera que la puerta virginal no se abriera y se cumpliera lo que se canta en el Cantar de los cantares: *Mi esposa, jardín cerrado, fuente sellada.*

José, hijo de David, no temas. El esposo es invitado a no temer los motivos derivados de la esposa. Y mientras el ánimo, verdaderamente compasivo, la excusa, se preocupa más.

José, hijo de David, no temas, no te hagas aplastar por el conocimiento del misterio tú que en conciencia estas tranquilo. Aquella que tú ves, es virtud, no culpa. Esta no es caída humana, sino intervención divina. Aquí hay un premio, no un reato. Aquí hay una ampliación del cielo, no un daño del cuerpo. Aquí no hay denuncia de una persona, hay lo secreto del juez. Aquí hay la victoria del inquisidor, no la pena del suplicio. Aquí no hay robo del hombre, hay el tesoro de Dios. Aquí no hay causa de muerte, sino la vida. Y por eso *no temas*, porque aquella que dará a la vida no merece ser matada.

José, hijo de David, no temas de tomar como tu esposa a María. Es precisamente de la ley divina que la esposa sea llamada mujer. Como, pues, es madre aún durando su virginidad, así se dice de la esposa aún permaneciendo el pudor.

6. San Bernardo de Claraval (1090-153)

2ª Homilía super Missus est 16d: PL 183, 69, 16

El José antiguo y el nuevo, custodio del pan divino

El antiguo José, vendido por celos de sus hermanos y llevado a Egipto, ha prefigurado la venta de Jesucristo: el nuevo José, huyendo del celoso Herodes, llevó a Jesucristo a Egipto. Aquel permaneció fiel a su patrón, rechazando cometer la culpa a la cual la esposa de él lo incitaba: este, reconociendo su Esposa como Madre de su Señor, y él mismo conservando la continencia, la custodió fielmente. A aquellos se les concedió en sueño la inteligencia de los misterios; este recibió el don de conocer los sacramentos celestiales y participarlos. Aquellos conservó el trigo, no para sí, sino para todo el pueblo; este recibió del cielo la custodia del pan divino para sí mismo y para todo el mundo.

7. San Bernardino de Siena (1380-1444), Discurso n. 2 sobre san José: op. 7, 16. 27-30

El fiel que alimenta y custodio

Regla general de todas las gracias particulares participadas a una creatura racional es que cuando la condescendencia divina elige a alguno para una gracia particular o para un estado sublime, concede a la persona así elegida todos los carismas que son necesarias para su oficio. Naturalmente ellos llevando también honor al elegido. Eh aquí lo que ha sucedido sobre todo en el gran san José padre putativo del Señor Jesucristo, y verdadero esposo de la reina del mundo y señora de los ángeles. El fu elegido por el eterno Padre como fiel que alimenta y custodia sus principales tesoros, el Hijo suyo y de su esposa, y asumió este cargo con la más grande asiduidad. Por eso el Señor le dijo: “Siervo bueno y fiel, entra en la alegría de tu Señor” (*Mt 25, 21*)

Si pones a san José frente a toda la Iglesia de Cristo, él es el hombre elegido y particular, por medio del cual y bajo el cual Cristo fue introducido en el mundo de una manera ordinaria y honesta. Si pues toda la santa Iglesia es deudora a la Virgen Madre, porque fue estimada digna de recibir a Cristo por medio de ella, así en verdad después de ella se debe a José un especial reconocimiento y reverencia.

En efecto él marca la conclusión del Antiguo Testamento y en él los grandes patriarcas y los profetas obtienen el fruto prometido. En realidad él solo pudo gozar de la presencia física de aquel que la divina condescendencia les había prometido.

Seguramente Cristo no le ha negado en el cielo aquella familiaridad, aquella reverencia y aquella altísima dignidad que él ha mostrado mientras vivía entre los hombres, como hijo a su padre, pero más bien la ha llevado al máximo de la perfección.

Por eso no sin motivo el Señor añade: «Entra en la alegría de tu Señor» si bien sea la alegría de la bienaventuranza eterna que entra en el corazón del hombre, el Señor ha preferido decir: «Entra en la

alegría», para insinuar místicamente aquella alegría no sólo está dentro de él, sino lo circunda y absorbe de todas partes y los sumerge como un abismo infinito.

Recuérdate pues de nosotros, oh beato José, e intercede con tu Hijo putativo con tu potente oración; pero haznos también propicia la beatísima Virgen tu esposa, que es Madre de aquel que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos infinitos. Amén.

8. Santa Teresa de Jesús (1515-1582)

Vida de santa Teresa de Jesús, escrita por ella misma, cap. 6, 8 b. c, in: S. TERESA DI GESÙ, *Opere*, Postulazione Generale O.C.D., Roma, 1958, p. 78

Hombre de oración

Especialmente las almas de oración tiene que honrar a san José con un culto particular. Por otra parte, yo no veo como se pueda pensar a la reina de los ángeles y a todo aquello que ella sufrió en compañía del niño Jesús sin agradecer a san José por haberlos asistido muy bien. Aquellos que no encuentran un maestro que enseñe la oración, no tiene que hacer otra cosa que proponerlo como guía y no irán fuera del camino.

9. P. Pablo Segneri (1624-1694)

El maná del alma. p. 90, in: *Opere del padre Paolo Segneri*, Società Tipografica de' Classisi Italiani, Milano, 1845, t. IV

Hombre humilde

Fue nada para sí, pero todo para Cristo. Fue esposo de la Virgen, solo lo que debería valer para salvar el honor de Jesús; por otra parte, la dejó intacta, como hace el olmo, que se esposa con la vid, pero no forma parte alguna en su fruto que también ayuda a llevar. Fue padre de Cristo, pero solo de afecto y asistencia por la solicitud, que él debería dar: por otra parte, no debería de ver la gloria, y también de sus acciones solo tenía que saber cuánto era necesario para alumbrar a Jesús, y también después de la muerte por los siglos permaneció incógnito y sin gloria.

10. Jacques Bénigne Bossuet (1627-1704)

Primo panegirico di san Giuseppe, *Depositum custodi* (1656),
in: *Œuvres complètes de Bossuet*, Lefèvre, Paris, 1836, vol. V, p. 33

Hombre humilde, escondido junto con Jesucristo

Entre todas las vocaciones yo subrayo dos en la sagrada Escritura que parecen directamente opuestas: la primera, la de los apóstoles; la segunda, la de José. Jesús se reveló a los apóstoles, Jesús es revelado a José. Pero con condiciones contrarias. Es revelado a los apóstoles para anunciarlo a todo el universo; es revelado a José para callarlo y esconderlo. Los apóstoles son luces para hacer ver a Jesucristo al mundo: José es un velo para cubrirlo; y bajo este velo misterioso se esconde la virginidad de María y la grandeza del Salvador de las almas. Por eso, nosotros leemos en las Escrituras, que, cuando querían despreciarlo (a Jesús): ¿No es él tal vez, decía, el hijo de José? Y Así Jesús, en las manos de los apóstoles, es una palabra que tiene que ser predicada: *Predicate Verbum Evangelii huius*, prediquen la palabra de este Evangelio; y Jesús, en manos de José, es una palabra escondida, *Verbum absconditum*, y no está permitido descubrirla. De hecho, observen después. Los santos apóstoles predicán sí fuertemente el Evangelio, que el ruido de su predicación resonó hasta el cielo: y San Pablo tuvo la valentía de decir que los consejos de la divina Sabiduría fueron conocidos por las potencias celestiales de la Iglesia, dice esto el Apóstol, y por el misterio de los predicadores, per *Ecclesiam*; y José, al contrario, desenedado hablar de las maravillas de Jesucristo, escucha, admira y calla.

11. Jacques Bénigne (1627-1704)

Primo panegirico di san Giuseppe , Depositum custodi (1656), in: Œuvres complètes de Bossuet, Lefèvre, Paris, 1836, vol. V, pp. 25. 29. 34

Hombre humilde, puro y fiel

Hecho custodio de los tres depósitos más preciosos – la virginidad de María, la persona de Jesús, el misterio de la Encarnación divina- los guardó fielmente. Ninguna duda por lo que se ha dado de las tres virtudes necesaria a custodiar dichos depósitos: pureza, fidelidad, humildad. Si fue la virginidad de María, que trazó desde el cielo en tierra el Verbo, José es a parte de este milagro, porque la pureza de María es depósito de José, más bien suyo, por matrimonio y los cuidados, con los cuales guardó; mucho por lo tanto también tiene fruto de ella. Cristo tenía un Padre en cielo, que la habría después abandonado en la Cruz, y también desde cuando vino a la tierra pareció abandonarlo, recíprocamente la confió a José, como padre terreno y José recogió el mandato y no vivió más que para Jesús. Todo vísceras de padre; lo que no es por naturaleza, lo es por hecho, ya que Dios lo ha cambiado el corazón, como a Saúl (cf. *IRe* 10, 9), donde no es maravilla que ordene y todo se sacrifique por El. Su misión es diferente de la de los apóstoles: Jesús se les reveló, para que lo prediquen; a José en cambio para encerrarlo. Esto son luces, que lo muestran al mundo: este un velo que lo cubre: velo misterioso, que cubrió la virginidad de María y los esplendores del Hijo de Dios. José vio a Jesús y calló: lo gozó y no habló; cumplió su vocación de ministro y compañero de la vida escondida.

12. Alexis Cardinale Lépicier, OSM (1863-1936), 1934

San Giuseppe, Sposo della beatissima Vergine. Trattato teologico (Vicenza, SAT 1934) pp. 107-109

Verdadero Esposo de la Madre de Dios y verdadero padre de Jesucristo

Una prueba todavía más convencedora de la verdad del matrimonio de san José con la gloriosa Virgen María, nos viene dada del este hecho que nosotros vemos las Escrituras atribuirle, sin alguna excitación, en relación a la santa Familia, los deberes que incumben a un verdadero padre.

Ante todo, al padre pertenecía, en la Antigua Ley, dar un nombre al hijo recién nacido; ahora, es precisamente a san José que el ángel, por orden de Dios, confía este mandato: “(María) dará a luz un hijo y tu (Oh José), le pondrás el nombre de Jesús” (*Mt* 1, 21). Por otra parte, san José de inmediato hace la divina voluntad: “Y le puso por nombre Jesús ” (*Mt* 1, 25).

En segundo lugar, al padre pertenece gobernar la propia familia y proveer a las necesidades de sus miembros, sobre todo en las circunstancias más difíciles de la vida; ahora, vemos todavía este delicado oficio confiado formalmente, por orden del cielo, al santo Patriarca: “Un ángel del Señor apareció en sueños a José, diciéndole: “Levántate, toma contigo al niño y a su Madre, y huye a Egipto” (*Mt* 2, 13), orden que el Esposo de María de inmediato ejecutó: “José, levantándose tomó consigo al Niño y a su Madre de noche, y se retiró en Egipto” (*Mt* 2, 14).

Además, nosotros no podemos dejar de admirar toda la solicitud paterna que, con ocasión de la pérdida de Jesús en el templo, el santo Patriarca puso en obra, durante tres días, junto con María, compartieron sus angustias y multiplicando con ella las búsquedas trabajosas, después sus alegría de su Esposa cuando, con ella, tuvo él la feliz suerte de encontrarlo en el templo (cf. *Lc* 2, 44).

Por último, al regreso de la santa Familia de Nazaret, la Escritura nos dice aún que Jesús estaba sujeto a sus padres (cf. *Lc* 2, 51), es decir, indistintamente a María y a José, expresión que tiene que tomarse en un sentido más bien amplio, como enseña la teología, pero que demuestra muy bien la existencia entre Jesucristo y san José, por una parentela fundada, si no en la generación temporal, al menos en su título de verdadero Esposo de la Madre de Dios.

Estando las cosas así, tenemos que decir que los apelativos de padre putativo o de alimentador de Jesús, con los cuales la piedad de los fieles usa honrar al glorioso Patriarca, títulos que por sí mismos son muy honoríficos, no representan que un aspecto bien débiles de su dignidad, la cual consiste originalmente en el hecho de haber estado unido a María, con el vínculo más estrecho que haya en la tierra, el del verdadero Esposo de la Madre de Dios, donde viene su título inefable de verdadero padre de Jesucristo, exceptuada, como hemos dicho, la generación temporal.

13. Angelo Rainero (1900-1991)

San Giuseppe, padre verginale di Gesù (Scuola Tipografica «Madonna dei poveri», Milano 1947) pp. 126-127, cap. 17, n. 2

Padre de Jesús, porque es esposo de la Madre de El

León XIII en la Encíclica “*Quoniam pluries*” dice: “Si Dios dio a José a la Virgen como esposo, seguramente no la dio solamente como sostén de la vida, como testimonio de su virginidad, como custodio de su honor: sino, en fuerza del vínculo conyugal, lo hizo también partícipe de la excelsa dignidad suya”.

Ya que la dignidad de María Santísima consiste precisamente en ser Ella la Madre de Jesús, la dignidad de José, que de ella es una participación, consistirá precisamente en ser él el Padre de Jesús.

Con este nombre, en efecto lo designó María Santísima misma, cuando dijo a Jesús, después que lo encontró en el templo: “¡Mira, tu Padre y yo angustiados te andábamos buscando!” (*Lc 2, 49*). Con este nombre los designó el Espíritu Santo mismo por boca del Evangelista s. Lucas, el cual escribe, con ocasión de la presentación de Jesús al templo: “Y su Padre y la Madre estaban maravillados de lo que se decía de Él” (*Lc 2, 33*). Con este nombre todavía será llamado miles y miles de veces Jesús, que a él vivía sujeto, en la forma que se sujetaba a María: “*erat subditus illis*: era sujeto a ellos”, a ellos es decir que s. Lucas llama en otras partes, poniéndole a la par, *parentes eius*; sus padres. Palabras estas que s. Agustín comenta así: “Ambas merecen ser llamados padres de Jesús por motivo de la fidelidad conyugal; y no sólo María su madre, sino también José su Padre, porque es esposo de la Madre de Él”.

14. Angelo Rainero (1947)

San Giuseppe, padre verginale di Gesù (Scuola Tipografica «Madonna dei poveri», Milano 1947) pp. 76-77, cap. 10, n. 1

Hombre devoto, dedicado a la esposa María

Es necesario saber que la íntima unión de José con María no se constituía solamente por vínculos dulces de una unión virginal, sino consistía sobre todo en la dedicación total de mente y de corazón con lo cual san José se había consagrado a la Virgen, y en el amor ardiente y purísimo con la cual la Virgen daba a su esposo. San José se había donado a María sin reserva alguna, se había dado y consagrado a Ella, y llegó a ser así su primer y más sincero devoto, ya que “devoto” de una persona se dice precisamente aquel que en todo se ha dedicado al servicio y al amor de ella.

La devoción que san José tuvo por María había sido grande, que no fue ni será jamás igualada a la de algún otro santo, y solamente fue superada por aquella que por la Virgen Madre tuvo a su Hijo Divino.

Fruto de su ternura devoción e íntima unión con María fue, como nos ha dicho muy bien san Francisco de Sales con la comparación de dos espejos, una participación estrecha a la santidad, a las gracias, a los privilegios de Ella, Dicen los Santos: Dios ha hecho una masa de todas las aguas y la ha llamada “mar”: Dios de igual manera ha hecho una masa de todas las gracias y la ha llamada “María”.

Ahora bien, san José, por su devoción e íntima unión con María se clavó, por decirlo así, sumergió y en este mar de gracias, y fue todo llena y colmada como ningún otro.

15. Xavier Léon-Dufour (1913-)

Studi sul Vangelo (Milano 1968) pp. 105-108

José es hijo de David que adopta el Hijo de Dios

Nada se nos dice de la sublime justicia a causa de la cual José creyó en la intervención divina; a diferencia de la Virgen, en efecto, él no desarrolla alguna parte en la concepción virginal. Su justicia se realiza cuando permite a Dios sobrepasar las dificultades que crea un nacimiento sin padre, infamante para los hombres. En compensación José tiene un rol capital en el nacimiento legal. Como María ha obedecido en calidad de sierva del Señor para concebir al Hijo del altísimo,

así él tiene que obedecer para llegar a ser el padre. Las dudas que lo abandona a sus solas respuestas no se refiere para interesarnos a sus angustias o a su virtud moral, sino para revelar cómo se realiza el plan divino. Dios sólo lleva el desenvolverse de los acontecimientos, pero no por esto desprecia la participación de los hombres. Es en nombre de la estirpe de David, en nombre de Israel, como representante del pueblo elegido que, por orden divino, el justo José acepa el misterio de la nueva alianza. [...] José no es solamente un modelo de virtudes, sino el hombre que ha desarrollado una función indispensable en la economía de la salvación. El justo José puede ser comparado con Juan el Precursor.

Juan anuncia e indica al Mesías; José acoge al Salvador de Israel. Juan es la voz que hace eco de la tradición profética; José es el hijo de David que adopta al Hijo de Dios. Con motivo de su proclamación oficial, Juan es Elías, el grande profeta; con motivo de la humilde acogida que él realiza al Emanuel en su estirpe, José es el Justo por excelencia. Como todos los justos, él espera en el Mesías, pero solo él recibe la Orden de echar un puente entre los dos Testamentos; mucho más de Simeón que toma a Jesús entre sus brazos, él acoge a Jesús en su propia estirpe. José reacciona como los justos de la Biblia frente a Dios que interviene en su historia: como Moisés que se quita las sandalias, como Isaías aterrorizado por la aparición del dios tres veces santo, como Isabel que se pide porque la madre de su Señor ha ido a ella, como el centurión del evangelio, y por último como Pedro que dice: «Aléjate de mí, Señor, porque soy un pecador» (Lc 5, 8).

16. Jean Galot (1919-)

San Giuseppe (Borla, Torino 1964) pp. 246-247 (*Il patrono della Chiesa*)

Esposo de María, padre de Jesús, jefe de la sagrada familia

El 8 de diciembre de 1870, san José fue solemnemente proclamado patrón de la Iglesia universal. Muchos aspectos de la parte que desarrolló en esta tierra han contribuido a darle aquel patrocinio. Estos son sus títulos esenciales de: esposo de María, padre de Jesús, jefe de la sagrada familia.

Como esposo de María, José es asociado en cierta forma al rol materno que la Virgen desarrolla en relación de la Iglesia. ¿No tiene la misma influencia, porque no existe un rol comparable al de la madre de los cristianos; pero él no une tal vez su solicitud a la de la Virgen para el desarrollo de la Iglesia? ¿No está a su lado para colaborar con ella en la expansión del Reino de Cristo?

Padre de Jesús, José parece destinado a conservar una función paterna aún en el Cuerpo Místico, que es la prolongación de la persona del Salvador. Si tuvo como misión vigilar el crecimiento del niño y de favorecer el desarrollo en sabiduría y en gracia, es por lo tanto especialmente indicado para favorecer el crecimiento del cuerpo eclesial, el difundir la sabiduría y gracia de Cristo que se obra en sus miembros.

Como jefe de la sagrada familia, José tiene igualmente un título para participar al gobierno de aquella inmensa familia constituida por la Iglesia. Se trata de una familia mucho más grande, pero que tiene que imitar aquella de Nazaret, viviendo la misma unión con Cristo. Si bien muy inferior en dignidad a María y a Jesús, José había sido sin embargo encargado de guiar la familia. En lugar del segundo nivel por él ocupado respecto al Salvador y a la Virgen no le impidió desarrollar actualmente una misión protectora en relación a la Iglesia y de guiarla hacia su meta.

17. Jean Galot (1919-)

San Giuseppe (Borla, Torino 1964) pp. 158-160 (*Il Servo*)

Hombre siervo

José consideraba su autoridad de jefe-familia como un servicio. Lo que deseaba con toda su alma no era dominar a los demás, sino servirlos...

José había sido especialmente preparado a su rol en el ámbito familiar por el Espíritu Santo que, además de armonizar su alma con la de María y Jesús, no había faltado en inculcarle profundamente aquel ideal, inspirándole una particular devoción al servicio. Es también la actitud con la cual se distinguen la Virgen y el Salvador.

Y siervo José tenía que serlo para llegar a ser el esposo de aquella que, en el momento de la Anunciación, había dicho: "Heme aquí la sierva del Señor" (Lc 1, 38) ...

¿José tendría que haber poseído una alma vibrante en armonía con la de María, si no hubiese participado esta mentalidad? Adivinamos, seguramente, que María quiso ser la sierva de su esposo como era el uso en Israel. Pero para que haya un sustancial acuerdo entre dos ánimas, es necesario que ambas deseen servir a Dios, realizar humildemente y perfectamente su voluntad o su simplemente deseo. Este ideal común debería unirlos uno al otro. Su unión se consolidó mayormente aún por el hecho que José, aún siendo capo-familia, quiso, a su modo, ser servidor de su esposa. Le ofreció la ayuda de una dedicación premurosa y atenta.

18. Jean Galot (1919-)

San Giuseppe (Borla, Torino 1964) pp. 126-128 (*Uomo laborioso???*)

Hombre trabajador

“Carpintero” era el nombre con el cual José era conocido por los habitantes de Nazaret. Ello significaba que trabajaba la madera; era un pequeño artesano. En su pueblo, este oficio no le valió seguramente una estimación o una especial consideración, tan es verdad que fue invocado para rechazar las pretensiones mesiánicas de Jesús: “¿No es él tal vez, el hijo del carpintero?” (*Mt* 13, 55). Y cuando tomo el lugar de José en el mismo oficio, se dirá de él con el idéntico desprecio: “¿No es él el carpintero?” (*Mc* 6, 3).

Se comprendería mejor que el padre del Mesías fuese un intelectual, uno hombre competente en las Escrituras, un doctor de la ley. En virtud de sus estudios él habría podido preparar a su hijo en su misión de maestro, y esta misión se aparecería menos inverosímil al público. El oficio de carpintería desacreditaba a José cuanto a Jesús mismo.

En realidad, vemos que se actúa una vez mas lo que san Pablo escribirá a los Corintios: “que la estupidez de Dios es lo más sapiente de la sabiduría de los hombres” (*ICo* 1, 25).

Con el ejemplo de José, cada trabajo es pues hecho honorable. Y en particular el de carpintero de Nazaret eleva muy en alto la dignidad de los artesanos, de los trabajadores, de todos aquellos que trabajan con las manos.

19. Jean Galot (1919-)

San Giuseppe (Borla, Torino 1964) pp. 43-45 (*L'annuncio dato a Giuseppe*)

Hombre probado y encontrado

José experimente la alegría de ver confirmada su unión con María. Había creído que el niño los habría dividido, prohibiéndole la cercanía de la novia que amaba. Después del anuncio, el constata que aquel niño, al contrario, estrecha un vínculo más fuerte entre él y María. Consolida su unión de una manera definitiva. Después de haber parecido desunirlos, los unió.

Era aquel “Jesús”, aquel Salvador, tan pequeño ahora, pero destinado a llegar a ser tan grande que soldaba la intimidad de José con la Virgen.

¡Cuánto había sido probada esta intimidad! El sufrimiento de ambos se cambiaba en alegría muy profunda de volverse a encontrar juntos.

Volviendo a ver María después del anuncio, José la miró con mayor respeto y admiración. Ella le aparecía más sagrada aún, dado que veía en ella, además de su virginal pureza, la mujer única al mundo que lleva una maternidad debida al Espíritu Santo. Comprendía mucho mejor cómo la resolución de virginidad tomada por María había sido inspirada por el cielo. Dios había querido reservársela para hacerla madre.

Y José encontraba maravillosa la bondad divina que hacía que María le fuese restituida como esposa, después que el Espíritu Santo había dispuesto en ella un semejante fruto de santidad. A su primer encuentro, había considerado María como posición del amor divino en su camino; ahora, este amor se lo entregaba nuevamente, como un don precioso, más magnífico todavía.

Las angustias precedentes habían desaparecido como nieve en el sol, y no permanecía que la alegría inmensa de encontrarse, espléndida y rica de una sublime maternidad, la novia virginal.

20. Concilio Vaticano II

De la Constitución pastoral «*Gaudium et spes*» (7 de diciembre de 1965) sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo.
Nn. 67b. 69a. 72a. 72b, in *Enchiridion Vaticanum*, vol. I, pp. 909-921

La actividad del hombre completa la divina creación

Pues el trabajo humano, autónomo o dirigido, procede inmediatamente de la persona, la cual marca con su impronta la materia sobre la que trabaja y la somete a su voluntad. Es para el trabajador y para su familia el medio ordinario de subsistencia; por él el hombre se une a sus hermanos y les hace un servicio, puede practicar la verdadera caridad y cooperar al perfeccionamiento de la creación divina. No sólo esto. Sabemos que, con la oblación de su trabajo a Dios, los hombres se asocian a la propia obra redentora de Jesucristo, quien dio al trabajo una dignidad sobre eminente laborando con sus propias manos en Nazaret. De aquí se deriva para todo hombre el deber de trabajar fielmente, así como también el derecho al trabajo. Y es deber de la sociedad, por su parte, ayudar, según sus propias circunstancias, a los ciudadanos para que puedan encontrar la oportunidad de un trabajo suficiente. [...]

Dios ha destinado la tierra y cuanto ella contiene para uso de todos los hombres y pueblos. En consecuencia, los bienes creados deben llegar a todos en forma equitativa bajo la égida de la justicia y con la compañía de la caridad. Sean las que sean las formas de la propiedad, adaptadas a las instituciones legítimas de los pueblos según las circunstancias diversas y variables, jamás debe perderse de vista este destino universal de los bienes. Por tanto, el hombre, al usarlos, no debe tener las cosas exteriores que legítimamente posee como exclusivamente suyas, sino también como comunes, en el sentido de que no le aprovechen a él solamente, sino también a los demás. [...]

Los cristianos que toman parte activa en el movimiento económico-social de nuestro tiempo y luchan por la justicia y caridad, convézanse de que pueden contribuir mucho al bienestar de la humanidad y a la paz del mundo. Individual y colectivamente den ejemplo en este campo., [...] con fidelidad a Cristo y a su Evangelio, a fin de que toda su vida, así la individual como la social, quede saturada con el espíritu de las bienaventuranzas, y particularmente con el espíritu de la pobreza. Quien con obediencia a Cristo busca ante todo el reino de Dios, encuentra en éste un amor más fuerte y más puro para ayudar a todos sus hermanos y para realizar la obra de la justicia bajo la inspiración de la caridad.

21. G. Lercaro (1891-1976) S. Giuseppe sposo della B. V. Maria, Omelia per il 19 marzo (1973),
in: *Omellerie domestiche, EDB, Bologna, 1995, pp. 58-59*

Hombre de una familia «normal»

Es una familia- la de Jesús, de María su madre y de José que él hace de padre- religiosa, como nosotros –si diría- sin embargo que vale la pena de decir que el evangelista, de toda la vida familiar de Jesús hasta los treinta años, no ha subrayado si no este episodio, donde encontramos la familia de Jesús que desea a un acto de vida religiosa, característico de Israel: era la Pascua, y por la Pascua todos los Israelitas hombres más de doce años deberían dirigirse en peregrinación a Jerusalén. Va José: María, aunque no obligada, lo acompaña; Jesús ha cumplido tal vez entonces doce años, entra también en la comitiva, en la pequeña comitiva familiar: una familia fiel a las obligaciones religiosas, a los deberes religioso, a las prácticas de piedad.

Van a Jerusalén para la Pascua, pero van en comitiva con los demás paisanos.

Aunque sea lejos, en su grandeza divina, por sus paisanos, Jesús se mezcla con ellos, en una flotilla con jovencitos sus coetáneos, como José y María están junto a los hombres y a las mujeres de Nazaret que han partido en grupo por la peregrinación anual.

Este sentido de comunión con los demás, este no separarse de los demás, este vivir en común su vida cotidiana y los puntos relevantes del año que marcan momentos religiosos particularmente

profundos, esta comunión en todos los momentos de la vida, en los momentos cotidianos, usuales, tristes y en los momentos particularmente solemnes, dice el corazón abierto a la comprensión de María, José y sobre todo Jesús.

Niño con niños, juega con ellos: preceden un poco la comitiva, un por la siguen, como hacen los niños; un poco adelante, un poco atrás, hacen dos veces, tres veces el camino y hacen los grandes, porque el Hijo de Dios, haciéndose hombre, se ha hecho semejante a nosotros en todo, menos en el pecado.

22. Pablo VI (+1978)

Omelia nella solennità di san Giuseppe (19 marzo 1969)

Hombre justo, «comprometido» para María

San José, el Evangelio lo define *justo* (Mt 1, 19); y alabanza más densa de virtud y más alta de mérito no podría atribuirse a un hombre de humilde condición social y evidente fuera del cumplir grandes gestos. Un hombre pobre, honesto, trabajador, tímido tal vez, pero que tiene una insondable vida interior, de la cual salen a él órdenes y consuelos particulares y derivan a él la lógica y la fuerza, propia de las almas sencillas y límpidas, de las grandes decisiones, como la de poner de inmediato a disposición de los designios divinos su libertad, su legítima vocación humana, su felicidad conyugal, aceptando de la familia la condición, la responsabilidad y el peso, y renunciados para un incomparable virgíneo amor al natural amor conyugal que la constituye y la alimenta, para ofrecer así, con sacrificio total, toda la existencia a las imponderables exigencias de la sorprendente venida del Mesías, a cual él pondrá el nombre para siempre beatísimo de Jesús (Mt 1, 21), y que él reconocerá fruto del Espíritu, y solo a los efectos jurídicos y domésticos su hijo. Un hombre por eso, san José, «comprometido», como ahora se dice, para María, la elegida entre todas las mujeres de la tierra y de la historia, siempre su virgen esposa, no ya físicamente su esposa y para Jesús, en virtud de descendencia legal, no natural, su prole. A él los pesos, las responsabilidades, los riesgos, los afanes de la pequeña y particular sagrada familia. A él el servicio a él el trabajo, a él el sacrificio, en la penumbra del cuadro evangélico, en el cual nos gusta contemplarlo, y seguro, no errónea, ahora que nosotros todo conocemos, llamarlo feliz, beato.

23. Juan Pablo II (1978-2005)

Udienza al Regina Coeli (1 maggio 1982)

En cada trabajo es posible "servir a Cristo"

"Lo que hacéis, hacedlo con toda el alma, como para servir al Señor... Servid a Cristo Señor" (Col 3, 23 s.).

¿Cómo no ver en estas palabras de la liturgia de hoy el programa y la síntesis de toda la existencia de San José, cuyo testimonio de *generosa dedicación al trabajo* propone la Iglesia a nuestra reflexión en este primer día de mayo? San José, "hombre justo", pasó gran parte de su vida trabajando junto al banco de carpintero, en un humilde pueblo de Palestina. Una existencia aparentemente igual que la de muchos otros hombres de su tiempo, comprometidos, como él, en el mismo duro trabajo. Y, sin embargo, una existencia tan singular y digna de admiración, que llevó a la Iglesia a proponerla como modelo ejemplar para todos los trabajadores del mundo.

¿Cuál es la razón de esta distinción? No resulta difícil reconocerla. Está en la *orientación a Cristo*, que sostuvo toda la fatiga de San José. La presencia en la casa de Nazaret del Verbo Encarnado, Hijo de Dios e Hijo de su esposa María, ofrecía a José el *cotidiano por qué* de volver a inclinarse sobre el banco de trabajo, a fin de sacar de su fatiga el sustento necesario para la familia. Realmente "todo lo que hizo", José lo hizo "para el Señor", y lo hizo "de corazón".

Todos los trabajadores están invitados hoy a mirar el ejemplo de este "hombre justo". La experiencia singular de San José se refleja, de algún modo, en la vida de cada uno de ellos. Efectivamente, por muy diverso que sea el trabajo a que se dedican, su actividad tiende siempre a

satisfacer alguna necesidad humana, está orientada a *servir al hombre*. Por otra parte, el creyente sabe bien que Cristo ha querido ocultarse en todo ser humano, afirmando explícitamente que "todo lo que se hace por un hermano, incluso pequeño, es como si se le hiciese a Él mismo" (cf. *Mt 25, 40*). Por lo tanto, en todo trabajo es posible servir a Cristo", cumpliendo la recomendación de San Pablo e imitando el ejemplo de San José, custodio y servidor del Hijo de Dios.

24. Giovanni Paolo II (1978-2005) *Omelia a Termoli (19 marzo 1983): Il Regno ???*

Te he constituido padre de muchos pueblos

«Te he constituido padre de muchos pueblos» (*Rom 4, 17*). Las palabras que Dios dijo a Abraham ya viejo y privado todavía de una descendencia, la liturgia la aplica a san José, el cual no tuvo del todo descendencia carnal; y nosotros que reflexionamos sobre su vida personal podemos apreciar plenamente la oportunidad de acercarnos. Después de haber sido, en efecto un instrumento particular de la divina Providencia en relación a Jesús y María, sobre todo durante la persecución de Herodes, san José sigue desarrollando su providencial y paterna misión en la vida de la Iglesia y de todos los hombres...

A san José recurran en particular, almas consagradas, que en su castidad virginal y en su espiritual paternidad ven reflejados los ideales más altos de su vocación. El les enseña el amor al recogimiento y a la oración, la fidelidad generosa a los compromisos asumidos frente a Dios y a la Iglesia, la dedicación desinteresada a la Comunidad en la cual la Providencia los ha colocado, aún cuanto sea pequeña e ignorada sea. A la luz de su ejemplo ustedes pueden aprender y apreciar el valor de todo ello que es humilde, sencillo, escondido, de lo que se realiza, sin apariencias y sin clamores pero con efectos decisivos, en las profundidades insondables del corazón. «El me invocará: Tú eres mi Padre». Como san José, invoquen también ustedes con una oración asidua y fervorosa al Padre celestial y experimenten también ustedes, como él, la verdad de las sucesivas palabras del salmo: «Los conservaré siempre en mi gracia»

25. Juan Pablo II (1978-2005)

Exhortación apostólica Redemptoris Custos (15 agosto 1989), nn. 5. 6: AAS 82 (1990) 10-12

Depositario del misterio en la plenitud del tiempo

El, por tanto, se convirtió en el *depositario singular del misterio* «escondido desde siglos en Dios» (cf. *Ef 3, 9*), lo mismo que se convirtió María en aquel momento decisivo que el Apóstol llama «*la plenitud de los tiempos*», cuando «envió Dios a su Hijo, nacido de mujer» para «rescatar a los que se hallaban bajo la ley», «para que recibieran la filiación adoptiva» (cf. *Gál 4, 4-5*). «Dispuso Dios —afirma el Concilio— en su sabiduría revelarse a sí mismo y dar a conocer el misterio de su voluntad (cf. *Ef 1, 9*), mediante el cual los hombres, por medio de Cristo, Verbo encarnado, tienen acceso al Padre en el Espíritu Santo y se hacen consortes de la naturaleza divina (cf. *Ef 2, 18; 2 Pe 1, 4*)».

De este misterio divino José es, junto con María, el primer depositario. Con María —y también en relación con María— él participa en esta fase culminante de la autorrevelación de Dios en Cristo, y participa desde el primer instante. Teniendo a la vista el texto de ambos evangelistas Mateo y Lucas, se puede decir también que José es el primero en participar de la fe de la Madre de Dios, y que, haciéndolo así, sostiene a su esposa en la fe de la divina anunciación. El es asimismo el que ha sido puesto en primer lugar por Dios en la vía de la «peregrinación de la fe», a través de la cual, María, sobre todo en el Calvario y en Pentecostés, precedió de forma eminente y singular.

6. La vía propia de José, *su peregrinación de la fe, se concluirá antes*, es decir, antes de que María se detenga ante la Cruz en el Gólgota y antes de que Ella, una vez vuelto Cristo al Padre, se encuentre en el Cenáculo de Pentecostés el día de la manifestación de la Iglesia al mundo, nacida mediante el poder del Espíritu de verdad. Sin embargo, *la vía de la fe de José sigue la misma*

dirección, queda totalmente determinada por el mismo misterio del que él junto con María se había convertido en el primer depositario.

26. Juan Pablo II (1978-2005)

Exhortación apostólica Redemptoris Custos (15 agosto 1989), n. 7: AAS 82 (1990) 12-14

El Matrimonio con María es el fundamento jurídico de la paternidad de José

Como se deduce de los textos evangélicos, el matrimonio con María es el fundamento jurídico de la paternidad de José. Es para asegurar la protección paterna a Jesús por lo que Dios elige a José como esposo de María. Se sigue de esto que la paternidad de José —una relación que lo sitúa lo más cerca posible de Jesús, término de toda elección y predestinación (cf. *Rom* 8, 28 s.)— pasa a través del matrimonio con María, es decir, a través de la familia.

Los evangelistas, aun afirmando claramente que Jesús ha sido concebido por obra del Espíritu Santo y que en aquel matrimonio se ha conservado la virginidad (cf. *Mt* 1, 18-25; *Lc* 1, 26-38), llaman a José esposo de María y a María esposa de José (cf. *Mt* 1, 16. 18-20. 24; *Lc* 1, 27; 2, 5).

Y también para la Iglesia, si es importante profesar *la concepción virginal de Jesús*, no lo es menos defender *el matrimonio de María con José*, porque jurídicamente depende de este matrimonio la paternidad de José. De aquí se comprende por qué las generaciones han sido enumeradas según la genealogía de José. «¿Por qué —se pregunta san Agustín— no debían serlo a través de José? ¿No era tal vez José el marido de María? (...) La Escritura afirma, por medio de la autoridad angélica, que él era el marido. *No temas*, dice, *recibir en tu casa a María, tu esposa, pues lo concebido en ella es obra del Espíritu Santo*. Se le ordena poner el nombre del niño, aunque no fuera fruto suyo. *Ella*, añade, *dará a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús*. La Escritura sabe que Jesús no ha nacido de la semilla de José, porque a él, preocupado por el origen de la gravidez de ella, se le ha dicho: *es obra del Espíritu Santo*. Y, no obstante, no se le quita la autoridad paterna, visto que se le ordena poner el nombre al niño. Finalmente, aun la misma Virgen María, plenamente consciente de no haber concebido a Cristo por medio de la unión conyugal con él, le llama sin embargo *padre de Cristo*».(10, 16: PL 38, 342).

27. Juan Pablo II (1978-2005)

Exhortación apostólica Redemptoris Custos (15 agosto 1989), nn. 30ab. 31a: AAS 82 (1990) 31-33

La Iglesia confía en la segura protección y en el insigne ejemplo de José

Además de la certeza en su segura protección, la Iglesia confía también en el ejemplo insigne de José; un ejemplo que supera los estados de vida particulares y se propone a toda la Comunidad cristiana, cualesquiera que sean las condiciones y las funciones de cada fiel.

Como se dice en la Constitución Dogmática del Concilio Vaticano II sobre la divina Revelación, la actitud fundamental de toda la Iglesia debe ser de «religiosa escucha de la Palabra de Dios», esto es, de disponibilidad absoluta para servir fielmente a la voluntad salvífica de Dios revelada en Jesús. Ya al inicio de la redención humana encontramos el modelo de obediencia —después del de María— precisamente en José, el cual se distingue por la fiel ejecución de los mandatos de Dios.

(...)

La Iglesia transforma estas exigencias en oración. Y recordando que Dios ha confiado los primeros misterios de la salvación de los hombres a la fiel custodia de San José, le pide que le conceda colaborar fielmente en la obra de la salvación, que le dé un corazón puro, como san José, que se entregó por entero a servir al Verbo Encarnado, y que «por el ejemplo y la intercesión de san José, servidor fiel y obediente, vivamos siempre consagrados en justicia y santidad». (...)

la Iglesia —como he recordado al comienzo— *implora la protección de san José* en virtud de «aquel sagrado vínculo que lo une a la Inmaculada Virgen María», y le encomienda todas sus preocupaciones y los peligros que amenazan a la familia humana.

Aún hoy tenemos *muchos motivos para orar con las mismas palabras* de León XIII: «Aleja de nosotros, oh padre amantísimo, este flagelo de errores y vicios... Asístenos propicio desde el cielo

en esta lucha contra el poder de las tinieblas ...; y como en otro tiempo libraste de la muerte la vida amenazada del niño Jesús, así ahora defiende a la santa Iglesia de Dios de las hostiles insidias y de toda adversidad». Aún *hoy* existen *suficientes motivos para encomendar a todos los hombres a san José*.

28. René Voillaume (1905-2003)

La Vergine, *Corsia dei Servi, Milano, 1954, pp. 16-17*

Hombre profundamente religioso

En el matrimonio de María, porque se trató de un verdadero matrimonio, hay algo muy misterioso. Ante todo que dicho matrimonio haya sido concebido y recíprocamente aceptado con esta idea de castidad, cuando José no sabía todavía nada del misterio que se preparaba.

Imaginen lo que sucedió cuando José intuyó algo mientras ella nada había dicho, ni siquiera una palabra. ¿Por qué esta discreción, cuando sabía que sería fuente de mucha turbación? ... ¿Un abandono total a la providencia? ¿O tal vez un profundísimo pudor del misterio que le había sido revelado? Dios ha dirigido todo. Pero nosotros podemos comprender también el drama de José... ¿Creen que esto no la haya dejado algún rasgo doloroso en la vida de María? No existe nada de desconcertante que tal incompreensión entre personas de buena voluntad. Dios no se los ahorró. Si diría que Dios haya hecho solamente aquello que era necesario para que la encarnación se realizase, y después haya dejado que las cosas siguieran su curso con todas las naturales consecuencias. Y ello no sucede sin sufrimiento. José y María se amaban. Fue necesario que un ángel interviniera y que José fuera interiormente advertido de no temer. Y al ángel no fue ni siquiera muy explícito: “No temer, porque lo que es del espíritu Santo”. Palabras que nos permiten darnos cuenta la profundidad del sentido religioso de José. Este joven, que se había unido a María, con un grande y misterioso amor de castidad, da fe a una afirmación tan inverosímil, cuando ya había decidido de enviarla creyendo tal vez que le sucedió algo que no intentaba admitir explícitamente.

29. Louis-Albert Lassus, o.p. (muerto 73centemente)

Louis-Albert LASSUS, o.p., *Pregare è una festa* (Gribaudi, Torino 1979) p. 82

El silencio de José y de Dios

José de los labios cerrados es el hombre del interior; forma parte de aquella corte de silenciosos para los cuales hablar es perder tiempo, es sobre todo traicionar lo intraducible, lo inefable. José de los labios cerrados es el hombre que inicia allá donde Job termina, que nace con la mano en la boca. Tiene un sentido enorme de Dios, de la desmedida de su Ser y de su locura de amor.

Después del regreso de Egipto, José desaparece. Créanme, esta muerte, este *transitus* del beato José no tiene nada de triste. Su silencio es el mismo de Dios. Está lleno de la fuerza del Amor.

30. Davide M. Montagna, o.s.m. (+2000)

Davide M. MONTAGNA, o.s.m., *Secondo le Scritture* (Libreria San Carlo, Milano 1999) pp. 57-58

Un testigo a las puertas del Nuevo Testamento

Una indicación imprescindible de la figura de José –como, de María y de Jesús mismo- es la de ser hijo de Israel, heredero calificado de un preciso patrimonio moral y cultural. El es un descendiente de la familia real de David (*Mt* 1, 20; *Lc* 1, 27), inscrito en los registros de Belén, donde probablemente, junto con los pariente más cercanos, tiene una pequeña propiedad (*Lc* 2; *Mt* 2). Un descendiente, además pobre y emigrante (se conoce María a Nazaret, en Galilea), uso al trabajo humilde a la dependencia de los demás (tal vez de los paganos, en Seforis⁹. José es reconocido – en la tradición evangélica más cercana al Judaísmo- como un hombre *justo* (*Mt* 1, 19), atento a la trascendencia del Dios único de Israel. En verdad él es uno de los ‘pequeños’ amados del Señor, una figura eminente entre los *anawin*, orientado en la fe a la Esperanza. La Torah es para él indicación existencial, praxis constante (*Lc* 2, 21; 2, 22-24. 27. 39; 2, 41: ritual litúrgico hebreo).

El cambio de vida de José se el matrimonio con María: soñado antes, discutido, después: y al final, celebrado en obediencia al ángel (*Mt 1*). Una palabra es capital en el acontecimiento: «*toma contigo a María, como tu esposa, sin temor*» (*Mt 1, 20*; respuesta: *1, 24*). José es la suma de todo el Israel histórico, que, acogiendo a María, se abre al Espíritu santo, o sea a la soberana novedad de Dios, desplegada en el seno de ella. El sabe del Espíritu, pero no se retira, como su instinto religioso le habría dicho, según el ejemplo de Moisés frente a la Zarza ardiendo. La obediencia al ángel es acogida de María. José, antes del discípulo «amado» (*Jn 19, 27b*), se pone como el verdadero devoto de la Mujer encita por la gracia. Un Israel finalmente dócil, abierto al imprevisto y al imprevisible. El se hace oidor vigilante de las palabras de los ángeles y se encamina detrás de ellos, desde Belén en Egipto y de Egipto a Nazaret (*Mt 1-2*).

La llegada de José es la pascua de Jesús, que lo salva en anticipación. Según las comunidades que se reconocen en el evangelio llamado de Mateo, es él a dar el «nombre» al Salvador (*Mt 1, 21-23*), o sea lo confiesa y lo anuncia desde el nacimiento (para el rito: *Lc, 2, 21*). José es involucrado, junto con María, en la pascua de Jesús, porque lo presenta al Templo sin rescate (*Lc 2, 22. 27*) y porque, casi nuevo Moisés, lo libera del exterminio de los potentes (*Mt 2, 13-15*); pero sobre todo porque hace, siempre junto con María, la experiencia de la pérdida/reencuentro de Jesús de doce años (o sea adulto), prefiguración dolorosa y alegre del triduo pascual, en el momento de la Hora (*Lc 2, 41-50*). Después de haber introducido a Jesús en la oración y en los ritos hebreos, fuertemente llenos de motivos pascuales (del antiguo y simbólica pascua de Israel), José es llevado, a su vez, a un nuevo Éxodo y a una nueva inteligencia espiritual («*¿No sabían – se oyó decir de Jesús- que tengo que ocuparme de las cosas de mi Padre?*») que no es posible alcanzar sin el conocimiento del dolor («*Tu padre y yo –afirma la esposa, dirigida a Jesús-, angustiados, te buscábamos*»). Resurrección y vida nueva, misteriosamente tranquila y privada de «signos», es la larga experiencia de Jesús, ya adulto, en Nazaret: «carpintero» (*Mc 6, 3*) o, más esfumada, «hijo del carpintero» (*Mt 13, 55*); sujeto, en todo, y solidario con José (*Lc 2, 51*).

HIMNOS A SAN JOSÉ

I.

JOSÉ, HIJO DE DAVID (Laudes)

José, hijo de David, ¿qué piensas?
¿y tú porque, oh niña, no hablas?
Ya la promesa esposa esperaba,
ya navegaba la vida en el arca.

¡Y ella tenía el candor de un lirio!
Cierro ni una ni el otro sabía
que florecería del tallo antiguo,
solo el silencio infinito los unía.

Y no una sombra de un sospechoso
atravesaba tu corazón, José:
el ojo del justo no veía que bien,
y finalmente, así, después de tanto

Cuando en el sueño Alguien se apareció:
¿Por qué no antes? ¿porqué dentro de un sueño?
Imprevisible siempre y solo cuando
¡tú crees que lo has resuelto!

Todo sucede para que se cumpla
lo que el profeta había predicho:
así por caminos impensables
el «Dios-con-nosotros» sigue viniendo.

David M. Turolto, o.s.m. (1916-1992)

II.

OH HOMBRE, JOSÉ

Oh hombre, José
del viejo y del nuevo
Israel, oh amigo
de los ángeles santos,

tu en casa acogiste
la mujer gloriosa
de Espíritu encinta,
morada del Verbo.

Ayúdanos a poner,

orantes, las vidas
en vigilante espera
de los signos del cielo.

Buscamos las cosas
del Padre, en el templo
contigo rencontramos
al Cristo perdido.

A él la alabanza,
la alegría del corazón,
que, grato para siempre,
escucha y adora. Amén

Davide M. Montagna, o.s.m.

III.

OH SANTO CUSTODIO

Solemnidad de S. José, Himno de Laudes.

1. Oh santo custodio del Verbo encarnado,
castísimo esposo de la Inmaculada,
patrón Del pueblo santo de Dios:
¡nosotros te invocamos!
2. Al llegar la plenitud del tiempo
la esposa que amabas fue elegida por el Santo
y siendo se hizo al Altísimo Dios:
Madre del Verbo!
3. Y mientras el silencio envolvía toda cosa,
la Virgen dio al mundo la Luz
y tu acogiste aquel humilde Hijo
¡nacido por nosotros!
4. Alimentado por ti y por la Virgen Madre
crecía Jesús en gracia y sabiduría
hasta la hora de ofrecerse por nosotros:
¡Pan de vida!
5. Al Padre fuente de misericordia,
al Hijo bajado a redimir el mundo,
al Don de amor efuso por nosotros:
¡gloria en eterno!

Amén!

Texto y música: Monjas Trapistas de Vitorchiano

IV.

TODAVÍA EN SUEÑO

(Segundas Vísperas)

Todavía en sueño y sin saber,
así desde siempre, desde tiempo de Abraham:
todos en escucha y todos en camino,
jamás seguridades y ciudades permanentes.

Lo que está escrito se tiene que cumplir:
«Levántate, toma al niño y a su madre,
huye a Egipto y quédate»: ¿hasta cuándo?
¡Y las razones ninguno sabe decir!

¡Y de Egipto todavía lo llamas!
¿Será para nosotros una semejante fe?
De los deportados es este el camino
y un salvador que tiene que huir..

Pero ya la casa estaba fuera de norma,
además la sangre e instintos y naturaleza;
y él ahora primer hermano de los desterrados:
y la aventura que aún sigue.

David M. Turoldo, o.s.m. (1916-1992)

V.

OH TEMEROSOS DE DIOS

(primeras Vísperas)

Oh temerosos de Dios de todo tiempo,
vean cómo el Señor es fiel!
Canten todos al misterio de los siglos:
como en Cristo se realiza la historia.

Elegidos los padres de su Israel,
de inmediato baja al país de Egipto
los grilletes a romper al pueblo esclavo
que a libertad solo él puede guiar.

Y llegó por último a la tierra prometida
ve fundar un reino glorioso
que a David, hombre según su corazón,
prometerá no tener jamás fin.

Será de David el hijo anhelado
el Salvador esperado por los siglos,
el verdadero hijo de Jesé, el Mesías
que cumplirá toda ley divina.

Con tu voz cantamos, José,
junto a los santos, seguros hermanos,
a Dios cantamos por toda la Iglesia
el canto nuevo de alabanza y gracia. Amén.

David M. Turoldo, o.s.m. (1916-1992)

VI.

DIOS LA FIESTA

(segundas Vísperas)

¡Dios la fiesta que has hecho en el origen!
Tu de la fiesta eres el Dios y Señor:
Un Dios que goza de sus obras,
y más todavía porque aparece el hombre.

Vamos pues al trabajo hermanos,
con alegría unámonos a Dios que crea,
continuemos nosotros su obra,
y fiel irradie nuestra fatiga.

Alabado sea nuestro atrabajo,
por estas máquinas y casas y ciudades,
porque jamás nada hay de profano
en la amorosa fatiga del hombre.

Ten piedad de quién vigila sin sueño,
del obrero que inicia su turno:
aún en la noche llevemos serenos
juntos contigo el gran peso del mundo.

Todos llamados a la santa tu viña,
y jamás salario mayor pretenda
quien tiene el honor de ser elegido
desde el alba a servir a tu reino.

Con tu voz cantamos, José,
junto a los santos, seguros hermanos,
a Dios cantamos por toda la Iglesia
el canto nuevo de alabanza y gracia. Amén.

David M. Turoldo, o.s.m. (1916-1992)

VII.

OH PIADOSO JOSÉ

Ho piadoso José
tu último umbral
de entrada al Misterio,
escúchanos, oh justo.

De cara a la Zarza
esta mañana refresca
la mirada del corazón
purifica los sentidos

Del Verbo revelas
la luz sepulta
en humilde carne
y en Libros escondidos:

la quieta Presencia
que el cosmos sustente
y tu adoraste
en seno a la Madre.

El Cristo resplandece
también hoy, despierto
de nuestro orar,
como Sol que surge. Amén.
Davide M. Montagna, o.s.m.

VIII.

YA EL TIEMPO HA LLEGADO

Ya el tiempo ha llegado a plenitud
un mensajero divino en tu corazón
lleva consuelo, oh justo de Israel,
porque eres elegido para dar nombre al Verbo.

Si es María, tu virgen esposa,
la creatura más bella soñada,
desde el principio de Dios, el Altísimo,
para tomar carne en forma de hombre.

De la real estirpe de David,
donde el esperado llegaría Mesías,
así tu llegas María, como arca
hasta Belén, la casa del pan.

También la historia con gran censo,
también los astros escrutando por los magos
y los pastores atentos al anuncio,
inclinan la cabeza al Emanuel.

Cuando en el templo cumpliste la ley,
a dos venerables de inmediato apareciste,
aúne con las vendas del niño envuelto
aquel que es luz de todas las gentes.

Pero de los malvados tiranos, prudente,
tu lo llevaste el largo exilio.
Así se cumplía la sagrada palabra:
que de Egipto he llamado mi Hijo.

Nazaret después, Galilea de las gentes,
fue de la santa Familia morada
donde formaste al amor del madero
aquel que en el madero es el Redentor.

Angustia y alegría no faltaron,
pedido el Hijo y después encontrado
aún no comprendiendo su obrar
tu y María el misterio aceptaste.

Siervo obediente y fiel, José,
antes de cumplir tu último viaje,
de tu Señor y de su Madre
tu recibiste el dulce saludo.

En este tiempo de lucha y dificultades
la Iglesia toda invoca a tu nombre
y también nosotros siervos confiamos el camino
a tu mirada y a tu protección

Al Padre, al Hijo, al Espíritu Santo
que te han llamado a servir al misterio
de Dios que hombre se hace en María
cantamos gloria por los siglos. Amén.

INDICE

I. Esquema: JOSÉ, HOMBRE JUSTO, ESPOSO DE LA VIRGEN MARÍA	5
II. Esquema: JOSÉ, CUSTODIO DEL REDENTOR	15
III. Esquema: JOSÉ PADRE SOLÍCITO	27
IV. Esquema: JOSÉ ARTESANO	41
APÉNDICE	
I. Oraciones	57
II. Breve antología de textos sobre san José, esposo de la Bienaventurada Virgen María	61
III. Himnos a San José	75

